

Año XXXIII

Madrid, Jueves 16 de Enero de 1913.

Núm. 3.

Cosas de ellos

Perdóneme el señor Maura la ofensa que le inferí al suponerle capaz de hacer honor á su palabra y de mantener á todo trance una resolución que le honraba y le enaltecía. Porque ahora veo que resultó ofensa lo que yo quise que fuera elogio.

Hay una hora en la vida de todo hombre público en que se eleva en prestigio ó desciende en fama, lo mismo para sus contemporáneos que para la Historia.

La del Sr. Maura sonó, y supo aprovecharla; mas arrepentido luego, rectificóse, y ha descendido á la ínfima categoría de los que persiguen el éxito por las encrucijadas.

Tenia derecho á algo más, y el deber de respetar su nombre.

Y es de lamentar que no lo haya hecho: un hombre de su valer no puede deshonorarse políticamente, sin ofender á los que le admiraron ó le siguieron, y al país en que nació.

Porque dirán los que no nos conocen bien:

¿Qué país será ese, donde los primeros de sus hombres se tienen en tan poco?

Tiene Maura, monárquico indiscutiblemente ortodoxo, diferente idea del honor personal, que la que tenían aquellos que decían por boca de Calderón de la Barca:

Al rey la hacienda y la vida
se han de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

¡Oh tiempo, que en lo de destruirlo todo te asemejas al más perfecto anarquista! Tú te llevas muchas cosas que deberías conservar y mantienes otras que debieras llevarte.

Una leyenda destruida.

El Maura de *Luz y taquígrafos* no será en adelante más que un político vulgar, que fragua en lo oscuro y en el misterio planes burdos para llegar al poder. Aquella su decantada soberbia háse trocado en grotesco desplante de cómico mediano, que busca aplausos en caídas de latiguillo.

Aquellos sus tremendos apóstrofes á los contrarios, provocarán en adelante la carcajada; aquellos sus titulados rangos de carácter, resultarán brusquedades atrabiliarias.

Sus resoluciones más meditadas pasarán por impulsos irreflexivos, y se estará

en acecho de la contradicción de mañana para juzgar el acto de hoy.

Es decir, que el coloso de la leyenda se ha convertido voluntariamente en pigmeo.

Lo que hizo al revolverse contra todo y contra todos, no fué caer, si no elevarse. Lo que ha hecho al desdecirse, es algo peor que caer: es decaer. Y se puede caer con grandeza: decaer, no. Decadencia es sinónimo y consonante de impotencia.

El Maura político ha fusilado al Maura hombre, por alcanzar el poder.

¡El poder! ¿Y vale la pena de anhelarlo, cuando no se pide ó se acepta para salvar una nación, sino para concitar contra ella los odios de las demás? ¿Cuando no se ocupa para restañar heridas causadas por la pasión política, sino para ponerlas al descubierto á ver si se enconan? ¿Para borrar las huellas de la sangre vertida, sino para avivar su color con sangre nueva? ¿Para devolver la paz á los espíritus, sino para atizar la hoguera de la discordia?

¿Qué Maura acepta el poder para salvar la monarquía, en la que ve él la salvación de España? Tiene demasiado taleato para no comprender que su vuelta al poder despertará indignaciones que suprimirán distancias; provocará resistencias que engendrarán energías; quitará esperanzas que reclamarán sacrificios.

¡No, no! Maura sabe que su vuelta al poder sería funesta para la monarquía, aunque lograrse, previa sumisión de don Jaime, reunir bajo su bandera á conservadores, carlistas, clericales de todas clases, clero, órdenes religiosas, magistratura, ejército...

No; él sabe bien que la frase *dar la batalla á la revolución*, inventada para cohonestar el mal efecto de su vuelta, sólo serviría para provocar esa revolución que hoy teme, y que en otro tiempo dijo se haría desde *arriba*, si no hacía desde *abajo*, con lo cual afirmó la necesidad de hacerla.

No; él no ignora que la revolución se desarma de otro modo, ó, por lo menos, se la aletarga, ó, por lo menos, se la aplaza; y es dando satisfacción á los justos deseos de los hombres del porvenir; transigiendo en vez de provocar; pecando de magnánimo en vez de inhumano. El día que Sagasta puso á la firma de la regente el indulto de Villacampa, hizo más por el trono que el día que Maura dejó de presentar á Alfonso XIII el indulto de Ferrer. Desde aquel día la revolución, que dormía, despertó y se puso en pie. Y en pie continua, en espera de ocasión propicia.]

Enerva la por la política de Canalejas tal vez hubiera remitido á tiempo lejano el logro de sus esperanzas.

Hostigada ó maltratada por Maura, aceptará la batalla. ¡Y ay entonces de los que la provocaron! De la aventura de D. Quijote abriendo la jaula á los leones para desafiarlos temerariamente, no se sale bien más que en la novela.

Cosas de nosotros

¡Cómo varían los tiempos!

Si en los pasados se ven los jefes del republicanismo acusados públicamente, y por un hombre de la importancia política de Maura, de andar en tratos con los gobiernos de la Monarquía, habríales parecido eterna la hora que hubieran tardado en alzarse indignados y protestar bríosos. Los actuales jefes escuchan la acusación, y creen que no deben ni parar mientes en ella.

Y, sin embargo, ¡qué bien hubiera parecido á la opinión propia, y aún á la extraña, un arranque de indignación colectiva para desmentir al que tal dijo!

Puede ca la cual despreciar las ofensas que se le infieren, porque afectan sólo á su persona; pero cuando alcanzan á la colectividad en que milita, la tardanza en responder puede prestarse á la sospecha de que la culpa seila el labio.

Celebrar un mitin para esto, aquí donde tantos se perpetraron sin finalidad alguna, habría encontrado eco grandioso y fortalecedor en el corazón del Pueblo.

Desconfiaba ya de ver establecida la República en España; mas ahora creo que acaso la vea, si no me quitan pronto el resuello esos que aspiran al alto honor de de nostrar que no degenera la raza de asesinos á que se refiere la lámina del número de hoy.

Se han empeñado los conservadores en regalárnosla y habrá que aceptarla, aunque no sea más que por galantería.

Los revolucionarios no estamos reñidos del todo con la buena educación.

Creo que los republicanos debemos hablarnos en adelante al oído, no á gritos; y pensar en algo más que en celebrar mitins para convencer á convencidos; y privarnos de amenazar hasta mucho después de tener el palo en la mano, y en éste la voluntad. Así no nos ocurrirá, si la ocasión se presentare, lo que á los franceses, que perdieron por jactanciosos con Prusia, lo que los prusianos alcanzaron

por prudentes con ellos, hasta que llegó el instante de ir á la frontera.

Mostremonos desde hoy callados, perseverantes, activos, miremos donde debemos mirar, y ¿quién sabe? Cosas más extrañas se han visto, y de menos nos hizo Dios.

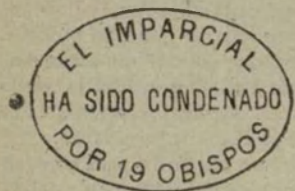
Habrà que agradecer á los conservadores el que nos hayan dado pretexto para intentar el deslinde de campos que tanta falta está haciendo en España: conservadores, carlistas y demás clericales á un lado; y al otro los liberales, los republicanos, los socialistas y demás tropa levantisca. Y una vez hecho el deslinde, á rompernos fraternalmente el esternon.

¿Que qué ocurriría? Que triunfaríamos tras lucha breve y cruel los que miramos hacia adelante (¡oh! de esto no tengo la menor duda) y que cortaríamos los vuelos para siempre al *buitre negro* que aspira á cebarse en el cadáver de España (tampoco dudo de esto).

Y á ver si con mil diablos dejábamós á nuestros descendientes una patria limpia de basura, ya que no podemos dejársela rica y próspera.

¿Y cómo esto último, si nos estamos comiendo ya la renta de nuestros tataranietos, y tenemos entrampadas las de los tataranietos de nuestros tataranietos?

¡Valiente herencia económica vamos á dejarles! Ni á beneficio de inventario querrán tomarla.



Me envían un papelito engomado con ese anuncio, diciéndome que lo usan los clericales para cerrar sus cartas, entre ellos algunos obispos.

Lo reproduzco, para decirle á los periódicos liberales que no se atreven á romper con los clericales.

«Ved hasta dónde llegan ya. La indiferencia ó la tolerancia que nabís tenido con los enemigos seculares de la libertad, los ha envalentonado hasta atreverse á minar el terreno en todos los terrenos. Tened conciencia de vuestra dignidad política, ergulos ante el ultraje constante, poned en juego todos los poderosos medios con que contáis para combatir al clericalismo, y antes de un año habrá cambiado la faz de España. Y tened por seguro que, si no hacéis eso, os alcanzará gran responsabilidad en la ruina y la degradación completa de la patria.

No os pido que escribáis como yo contra esa gente, sino que no continuéis haciéndole el juego, y que tengáis el valor de poner al descubierto las faltas, los delitos y los crímenes que cometan.

Gritad todos á una: *¡Libertad y á ellos!*

y os convenceréis de que su fuerza se basa en nuestra cobardía.»

Y nada más.

Historia contemporánea

Cuando reventó Fernando VII, los carlistas se echaron al campo; así que la esposa de aquel rey, para salvar el trono de su hija Isabel II no tuvo más remedio que hacerse liberal—digámoslo así.—Esto quiere decir que el régimen representativo ó constitucional arranca en España precisamente del día en que comenzó á pudrirse la envoltura carnal del *Deseado*, 29 de Septiembre de 1833.

Lo cual significa, si no mienten los números, que día por día y hasta 31 de Diciembre de 1912 lleva España ochenta años, tres meses y un día de régimen de libertad, digámoslo así también.

Durante este tiempo ha habido justos 100 gobiernos, con lo que unos con otros «mandaron» exactamente siete meses, dos días, diez horas, diecinueve minutos y un segundo y pico. (El pico es una vigésima parte de segundo, para que el diablo no se ría de la mentira.

Las crisis parciales han sido 113; así que sumando á éstas las totales, se salió cada año á dos crisis, más 6.625 diezmilésimas de crisis.

Pero como esto de los términos medios es una mentira como otra cualquiera, pues resulta que hubo gobiernos que duraron más y otros que duraron menos de los siete meses.

Hubo un gobierno que duró un día; otro, dos; otro—y en nuestro tiempo—, cinco; otro, nueve; dos, diez; uno, quince, con su crisis parcial en medio; otro, diecisiete; otro, dieciocho; otro, diecinueve; dos, veinte, uno de ellos con crisis parcial y todo; otro, veintidós, y otro, veintisiete.

En cambio también hubo gobiernos que duraron más de dos años; á saber: uno, cincuenta y seis meses, con cinco crisis parciales; otro, cuarenta y cinco, con cinco; otro, treinta y nueve, con dos; otro, treinta y tres, con cuatro; otro, veintinueve, con dos; otro veintisiete, con tres, y dos con veinticuatro, y cuatro y una crisis parciales.

El lector que no esté en el secreto de estas cosas pensará que los cambios de gobierno suponen exactamente cien ilustres personajes distintos; pero se equivocan ¡vive Dios! porque los eximios prohombres que labraron la felicidad del país no pasaron de sesenta y dos desde Cea Bermúdez hasta el actual conde de Romanones, es decir, que para que cada año hubiese gobernado un patricio distinto, aún faltaron dieciocho. De todos modos, que alce el dedo la nación que en solos 80 años haya parido hasta sesenta y dos gobernantes, capaces de manejar «las riendas de la nave del Estado»—que dijo un orador, á veces «navegando sobre el cráter de un volcán»—que dijo otro orador.

Pues á proporción de hombres con capacidad para ser presidentes del Consejo, los hubo para ser ministros de cualquier ramo; como que si no mienten los datos hubo—contando los que viven y que sea por muchos años—hasta 381, con lo que cada cartera toca á 55.

Y como es costumbre que en cada «departamento ministerial» se conserven los retratos de los que «desempeñaron» la cartera, y unos con otros los 446—contando los presidentes—habrán regido como tres ministerios por barba, pues resultan unos 1.400 retratos al óleo.

Es posible que la gente piense que entre sueldos y cesantías estos 446 señores percibieron buena porrada de millones: error gravísimo, señores míos, porque probablemente la suma no llega á 50 tristes millones de pesetas.

Comprenderán ustedes que el avalúo está hecho á ojo de buen cubero, ó poco menos, porque hemos calculado á cada exministro diez añetes de cesantía; pero *les* hay—y de ello nos alegramos—que la cobran durante más tiempo. Sin ir más lejos, hay un señor que la viene percibiendo desde 1869; dos señores, desde 1870; uno, desde 1872; uno, desde 1874; dos, desde 1881; uno, desde 1884; otro, desde 1885... y así sucesivamente.

Al llegar á este trance sería cosa de calcular los subsecretarios que hubo, con más los señores directores generales; pero temerosos de llegar á esas cifras inverosímiles con que se quiere computar lo infinito, ponemos remate á este artículo, que es malo, eso sí, pero que nos llevó una tarde entera y verdadera.

Y por el que se demuestra, con la «aus-tera elocuencia de los números», que de otras cosas andaremos mal, pero ¡lo que es de gobernantes!

EL ARRÁEZ MALTRAPILLO

P. D.—Escrito lo que antecede leo la soflama de D. Alejandro Pidal, «presidente» de más de la cuarta parte de los kilómetros de ferrocarriles que hay en España, tiro de antecedentes históricos y encuentro que fué ministro desde Enero de 1884 á Noviembre de 1885. Hago números y encuentro que el hombre, el varón piadoso, el enemigo encarnizado de todos los viles apetitos materiales, por el trabajo de haber cobrado 55.000 pesetas el tiempo que fué ministro, lleva percibidas 216.625, ó sean, en junto, 271.625 pesetas.

Pues bien, estas pesetas suponen aún más dinero que el percibido por un obrero industrial español en pago de doscientos años de trabajo y ninguno de cesantía, y más también que lo cobrado por un bracero rural en seiscientos años largos de trabajo sin cinco minutos de cesantía.—Vale.

Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez cada una, á 50 céntimos. Tormentos de la Inquisición.

El P. Miguel Mir

¿Católico, ó anticatólico?

EL PROBLEMA

El problema que vamos á presentar es muy delicado por su naturaleza y por las consecuencias que se podrían sacar de cada solución.

Si probáramos que Mir era anticatólico, la causa de la libertad no ganaría gran cosa: le sobran académicos de la talla de Mir. Sólo su condición de eclesiástico daría cierto valor específico á su actitud: pero, en cambio, los postrimeros años de su vida resultarían notados de hipocresía y debilidad, que desvirtuarían todo aquel mérito, y pasaría á ser uno de esos clérigos vulgares que en Roma abundan más que en otro sitio, y en el alto clero más que en el bajo; clérigos que no creen, pero que cobran por fingir creer.

De tan pequeña ganancia, habríamos de restar como pérdida el alborozo con que los Jesuitas presentarían nuestro testimonio á los suyos y en favor suyo, diciendo: «Ya véis con cuanta justicia perseguimos *more nostro* á este apóstata de la Compañía: estaba con los nuestros pero no era de los nuestros: era el lobo disfrazado y el hipócrita redomado que pudo engañar á todos, menos á la Compañía, de cuyas virtudes pretendidas es la principal ésta de descubrir al hereje antes de serlo.»

Claro está que ningún jesuita invocaría tal argumento ante sujetos como el P. Mir, ó como yo, que estamos al cabo de la calle de las *arles jesuitas* en fabricar herejes, santos, cardenales, y beatos, y aún en deshacerlos y volverlos á hacer. Pero es lo cierto que al infinito número de los bobos los emboban con este espejuelo, á saber:

—¿Véis? todos los que salen de la Compañía acaban mal: los unos herejes, los otros patibularios, los otros pordioseros encanallados.

Cállanse al hablar así, y á los bobos no se les ocurre sospechar, que tanto el canalla como el patibulario, como el hereje, no se hacen de sopetón, sino muy lentamente. Y siendo así como dicen los jesuitas, que los que salen de ellos acababan por bandidos de uno ú otro género, (lo cual no ocurre como tal ley en otras escuelas) buenamente vienen á confesar que la Compañía es escuela de bandidaje religioso, moral y político.

Y con respecto al P. Mir, podemos quizás afirmar, que si hubiere sido hereje en los últimos tiempos, no fué más ortodoxo en los de enmedio, cuando era uno de los santones de la secta. Y aun, á tener como ciertas las referencias que daba de sus antiguos hermanos y consocios, concernientes á esta materia, podríamos asegurar que si él fuera hereje, los otros, que no salieron de la Compañía, serían peores que herejes, ya que el único dogma de la secta es «sentir bien de las cosas de ella».

EL CORAJE JESUITA

No esperen, pues, los jesuitas que les hagamos el caldo gordo. Mir fué, desde el principio al fin, un correctísimo eclesiástico con todas las de la ley en sus hechos, en sus dichos, y aun en sus pensamientos. Esta corrección fué la coraza donde se estrellaron los dardos jesuitas, que no hallaron donde morderle, y que por ello no pudieron impedir que don Miguel conservase en el Clero alto el prestigio y consideración que le trajera la fortuna. ¡Pobre de él, si no llega á bloquearse con tal defensa!... Los chacales de la secta habrían hecho presa en sus carnes, servidas en picadillo a las damiselas de su aristocracia y á las criadas de sus *servicios domésticos*... Y esa era parte de la rabia y furor jesuita: no poder precipitar á Mir por la pendiente de la herejía pública, del escándalo notorio y de la apostasía total, que espantan á los beatos pusilánimes y á los devotos de moda, y que cierran las puertas de los palacios.

Esta injuria no se la perdonaban á Mir. Habrían deseado verle hecho un Sarmiento, ó siquiera un Gioberti, ó cuando menos un Passaglia. Y Mir no les daba gusto, antes bien continuó hasta la muerte guardando con todo escrupulo las *Reglas de Modestia* de San Ignacio, en sus menores detalles y con todo acartonamiento.

Esta injuria desesperante, añádase á la otra de no caer en la miseria. No era rico, pero tampoco era indigente. Su plaza de bibliotecario de la Academia le aseguraba una renta de 800 pesetas al año (*sic*), y le daba de morada un palacio envidiable al mismo general jesuita. Vivía modesta, pero decorosamente. Y esto acababa de encorcorar á la secta: esto de no poderle ver como al P. Rojas, royendo un mendrugo en un banco público, después de haberle soplado el Instituto los treinta mil duros de su herencia. A Mir no sólo no le habían cogido un céntimo, sino que lo habían encumbrado á académico, para que les sacara los ojos.

¡Ni hereje, ni miserable, ni vicioso! Esto era desesperante. Era una derrota para el Instituto, y además un ejemplo temible para los jesuitas listos y talentados, retenidos á veces por el miedo de fracasar si salen de la secta. Quizás el ejemplo de Mir sirviera de norma á Julio Cejador, que tan fijamente ha seguido su camino.

¡¡Qué escándalo, salir de la Compañía y no aparecer muerto de hambre, de roña y de embriaguez en la vía pública, ó en el fondo del Hospital ó en el patíbulo!... Este escándalo dice á los frailes avisados: «Ya véis: los relatos de los terribles escarmientos de los *expulsos*, son paparruchas...»

LO ECLESIASTICO NO ES LO CATOLICO

Quedamos, pues, en esto: en que Mir fué un correcto eclesiástico y un jesuita ejemplar, aun fuera de la Compañía.

¿Era católico? ¿Era cristiano? ¿Era creyente? ¡Vaya unas preguntas! ¿Qué tie-

nen que ver la fe, la religión y el dogma, con el *eclesiástico*? Se puede ser un perfecto clérigo y un magnífico incrédulo.

Díganlo... ¡cuántos centenares y millares de clérigos correctísimos y aún beatísimos, podrían decir otro tanto! Desde Pio II al cardenal Borja, al cardenal *del mico*, á los obispos condenados y no condenados, y á los abades y abadesas de los tres sexos... ¡Cuánto hereje oculto! ¡Cuánto lobo disfrazado! ¡Cuánto picaro hipócrita! ¡Cuánto endiablado gazmoño!... ¡Cuánto mercader del templo, cuanto gitano piadoso, cuanto ladronzuelo santo, cuanto perverso lleno de escapularios!

LA MODESTIA CLERICAL Y LA FE CRISTIANA

Y es esto: que lo uno nada tiene que ver con lo otro. Recuerdo que Guisasola, hablando á su clero siendo ya obispo, le exhortaba á la modestia con este autobombo:

—Desde que me ordené, de tal modo llevé la sotana, que ni mi propia madre me vió más los bajos de los pantalones.

Al contármelo un canónigo, hube de decirle:

—No podía decir tal su predecesor Lagüera, á quien habían de sonar la uretra los pajes para que pudiese vaciar la vejiga... Guisasola debió nacer con estrella. Cuando su madre no le vió ya más los pantalones, prueba que ó no necesitó jamás lavativas, ó no fué su madre quien se las puso... ó no llevaría pantalones.

¡Oh, modestia clerical! Sin embargo, Lagüera era el modelo de obispos cristianos. Entró en la Iglesia rico y murió pobre como una rata. Guisasola entró... sobrino de un obispo, y morirá repleto de millones. Lagüera practicó las obras de misericordia, dándolo todo; los otros las practican al revés, cargando aun con las estacas... Y sin embargo, Lagüera, el gran creyente, fué un pequeñísimo obispo; los otros, cuya fe no se ve más que en las nóminas, son obispos excelentísimos, cardenables y papables.

Los jesuitas saben muy bien esto. El propio San Ignacio, por fuera, fué el *modelo de clérigos*, mejor dicho, el arquetipo. «¡Que nadie nos crea avaros!»—escribía á los suyos—, en tanto que ponían todo su afán en cazar beneficios y rentas. «¡Que nadie nos crea ambiciosos!»—añadía—en tanto que procuraba adueñarse de los soberanos y ministros.

«Siete horas diarias pasaba en oración», dicen sus historiadores al vulgo: pero realmente, San Ignacio *ni rezaba ni decía misa*, según consta en los informes secretos de los suyos.

(Invito á la Defensa Social á llevar á los Tribunales estas afirmaciones, que, de ser falsas, serían gravemente injuriosas para el santo de su devoción).

Mir sabía perfectamente todo esto. En la Iglesia, nada importa el *ser*: lo que importa es el *parecer*. Y él sería lo que sería, como el general teatino y como cualquiera cardenal; pero apareció siempre como espejo de *modos clericales*, y aun de modestia jesuita, en sus libros

como en sus pláticas, como en sus gestos y andares.

MIR Y VERDAGUER

Conviene recalcar bien estas noticias para cerrar el paso á las diatribas que podrían maquinarse contra él.

Mir ha muerto como su amigo Verdaguer: con corrección clerical.

Sin embargo, los católicos vienen á reconocer de un modo vergonzante que Mir no era de los suyos. De Verdaguer, han sido más expósitos. Ha sido su familia y un primo que debe á Verdaguer más que á su propio padre, el que se ha presentado al público firmando un libelo donde son ahorcados en indecoroso gesto la Gramática, el buen gusto, el sentido común y, sobre todo, la gratitud. Con decir que sujeto tal se creyó á ser verdugo de su padrino cuando no había en el mundo quien se prestase á ello, queda dicho todo: y aun queda advertido al marqués de Comillas el pago que puede esperar de tan lindo sujeto: pues si al leñón verde, su primo y protector, lo trata así, ¿cómo no será capaz de tratar á los demás, el día que le tenga cuenta?

No podemos calcular si el jesuitismo hallará en la vida de Mir materia para un libelo, y autor pariente que lo firme: lo cierto es que, siendo Mir, por su talento, por su prestigio, por sus libros y por su título académico, el primate del clero español, las miserables exequias que le han dedicado los clericales son ciertamente una degradación de aquel honor merecido y una excomunión implícita.

EL MODERNO CATOLICISMO BUFO

¿Mir pertenece á los católicos ó á los contrarios, ó ni á unos ni á otros? Según este repudio mal disimulado, los católicos vienen á decir: «Mir estaba entre nosotros, pero no estaba con nosotros.» Desde este punto de mira tienen razón. Mir no era de estos católicos, títeres del día, que han renunciado la facultad de pensar y de juzgar. Por esto salió de la Compañía: por salvar esta independencia que reclamaron los teólogos antiguos, y que sólo los imbéciles actuales desprecian.

Ni era tampoco de los católicos gazzmoños que puso en la piqueta en su librito anónimo *La Mística Parda*.

Quizás fuese católico de los de antaño, á estilo de Melchor Cano, Bartolomé de las Casas, Palafox, Vergara, Rocaberti y Vives; con un catolicismo individual é ilustrado, mucho más liberal que el protestantismo, y también más humano, más racional y menos fanático.

En su interior, Mir consideraba á la Iglesia como una loca de atar que trota de precipicio en precipicio y da cabezadas contra la pared. Y él se sentía cautivo de esta Iglesia y agarrado á ella de tal manera, que ni á soñar se atrevió la posibilidad de romper sus lazos.

Si ha tenido á su lado en sus últimos momentos á persona de su confianza, quizás le haya dicho lo que el P. Jacinto Loyson dijo, al morir, al abate Jules Cla-

raz: «He sacrificado mi vida á la Iglesia... No es, pues, por capricho si reniego de ella; la razón está en que á viva fuerza he de reconocer que se ha vuelto loca.»

Más que esta locura suicida, indignaba á Mir la falta de seriedad y de honradez. ¿Cómo es osada á llamarse cristiana una Iglesia y una gente que en todos sus pensamientos, palabras y obras practica procazmente el anticristianismo? ¿Cómo, sobre todo, puede verse sin asco que se llame columna de la verdad, la que pone sus cimientos sobre un montón de mentiras é hipocresías?

Si al sentir estas náuseas Mir quedaba fuera de la Iglesia, según da á entender la conducta que en su funeral observan los católicos, justo es reconocer que como él murieron fuera de la Iglesia todos los ilustres pensadores que cuenta el catolicismo, desde Tertuliano á Chateaubriand; y todos los varones honrados que profesaron el catolicismo como religión, y no como negocio de titiritero.

Y en este sentido, como del payaso protagonista de la *Tragedia del Pierrot*, podemos decir: «estaba con ellos, pero no era de ellos.» No hizo de la sotana máscara de virtud ni guñapo de tienda; paseóla como *sambenito* que le había impuesto la fatalidad de la vida. No se honraba con ella, sino que ella era la honrada con él. No la rasgó... ¿Por qué?... Dios sabe... ¡Son tantas las cadenas que atan la libertad del individuo!

Y las de Mir eran muchas y muy fuertes, según veremos. Quizás haya muerto en la Iglesia, no como soldado, sino como prisionero.

S. PEY ORDEIX

¿Carlistas, ó jaimistas?

O lo que es igual. ¿Deben los correligionarios de Savalls y Cucala seguir apellidándose carlistas, ó, por el contrario, llamarse, como en la actualidad, jaimistas?

Porque á partir de la desgracia mundial de la muerte del *perínclito clonw* de la Corte de Estella, sus adeptos diéronse gran prisa en testimoniar su inquebrantable adhesión á D. Jaime, y desde entonces se mudaron la ensangrentada camisa; es decir, cambiaron de mote y se llaman y se hacen llamar jaimistas.

Si el *Chapa* levantara la cabeza y viese que apenas pronuncian su nombre *augustísimo* los que siguen sus huellas y sus inspiraciones; si se viese relegado al más profundo de los olvidos, volvería á morir (quizás esta vez de vergüenza...) lanzando al volver al sepulcro maldiciones carlistas, de efectos más terrible que las gitanas, y execrando desde su tumba á los *requetés* por su desafección é ingratitude.

Y yo me pondría en esto del lado de D. Carlos. Porque no hay causa ni motivo que lo justifique; porque desde el día que brotó en tierras españolas esa semi-

lla de maldición que se llamó *carlismo*, siempre y en todas partes fueron conocidos sus secuaces con el nombre de carlistas; y carlistas fueron y carlistas serán mientras haya ojos españoles que puedan repasar su historia, corazones de madre que puedan abominar sus crímenes, unos labios que maldigan su nombre, que se levanten en son de protesta contra la barbarie...

¡No! ¡Jaimistas, no! ¡Carlistas! ¡Carlistas perpetuamente!

Y es razonable que así sea.

Todo partido ó *partida* debe conservar siempre la característica que lo distingue de los demás: por esto los conservadores siguen llamándose conservadores aunque murieron Cánovas y Silvela y aunque Maura se haya retirado, porque no han cambiado sustancialmente de ideas ni de procedimientos. Y quien dice los conservadores, dice los liberales, los republicanos, los socialistas...

Y dígaseme ahora si deben seguir nombrándose jaimistas los que conservan la característica del carlismo: el robo, el asesinato, el incendio.

Decir carlista, es decir hombre que, dejando de serlo, se convierte en fiera; decir carlista, es decir hombre que atropella honras, vidas y haciendas, incendia templos y hogares, roba y desbaliña, vierte sangre inocente, arrebató la vida á madres y esposas, cubre de luto los corazones é inunda de lágrimas los ojos españoles al par que labra para España un pedestal de ignominia.

Si; eso hicieron siempre; eso hacen ahora y eso seguirán haciendo. Testigos Barcelona, Valencia, Granollers, Bilbao, San Feliú, Eibar...

¡Si; son los mismos!... ¡Los del pendón Dios Patria y Rey!... Y serán llamados, no jaimistas, sino carlistas, porque esa palabra es la que compendia y resume las hazañas de que se envanecen; la que los honra, los enaltece, los glorifica.

J. RAMOS

Palinodia clerical

La Croix, órgano del Papa y del jesuitismo en Francia y redactada por los frailes asuncionistas, acaba de ser condenada por los tribunales, en proceso de difamación, á publicar la siguiente palinodia que da en su primera plana del 31 de Diciembre de 1912:

Señor Gerente de *La Croix*:

Desde la muerte de mi padre, Jacinto Loyson, me consagré á velar por su memoria; hoy que puedo asegurar la publicación de su biografía, que servirá de ejemplo al clero, y después de asistir á los preliminares de erección de dos monumentos conmemorativos, debo defender al propio tiempo su memoria y mi honor.

La Croix en los números de los días 11 y 12 del último Febrero me dirigía una descarada acusación. Declan ustedes que mi padre hubiera vuelto al gremio

de la Iglesia, al redil, si yo no lo hubiera impedido; de otro modo: yo había secuestrado moralmente a mi padre en los últimos días de su vida. ¡Aí hubiera pagado la confianza que depositó en mí y, me atrevo a decirlo, el orgullo que de mí sentía!

¡Y estos indignos procedimientos tiene usted la osadía de atribuirlos a un hombre, ó un escritor, que se atiene siempre a la lealtad en lo que respecta a la conciencia del prójimo!

Señor mío; no puedo tolerar que se pretenda crear á expensas de Jacinto Loyson leyendas á guisa de la inventada sobre la muerte de Littré. Si mi padre, como usted quiere hacer ver, hubiera tenido tentación de convertirse, no le habría faltado la ocasión, mucho más habiendo recibido, al siguiente día de morir mi n'a're (cuando el pobre viejo, que ya tenía 80 años, estaba bajo el peso del mayor dolor de su vida), los insistentes ruegos de los muchos eclesiásticos, surgidos nadie supo de donde, y todos completamente desconocidos para él, que acudieron á llamar á su puerta, que á la vez es la mía, y que, al abrirse dió paso á los misteriosos visitantes introducidos junto á mi padre inmediatamente. Si usted lo desea, aun puedo facilitar los nombres de aquellos sacerdotes que entraron seguros de su triunfo y salieron aturridos por la derrota. La persona que los recibió me puso al corriente de sus intenciones, y al par me dijo que los encontraba débiles en la exposición para convencer. Así, pues, no tuve necesidad de «guardar» á mi padre; su conciencia le bastó y estoy por decir que su buen sentido.

¿Quiere usted decirme, si soñaba con «la vuelta del hijo pródigo», cuando el mismo llamó á un sacerdote armenio, esmático, á la hora de morir?

Usted, señor Gerente, debe saber esto, pues con ese motivo apareció en los periódicos una declaración de ese sacerdote. ¿Cómo *La Croix*, periódico religioso, honesto y pa'adín al servicio de la verdad, no reprodujo tal noticia?

En fin, señor mío; puesto que las imputaciones son de tal naturaleza que desfilan á los ojos de sus lectores la moral de mi padre, fuerza me es invocar el testimonio del fallecido. Tengo á su disposición el diario íntimo del «Padre Jacinto» redactado por sus propias manos hasta los últimos momentos de su vida, y al leerlos tendrá usted la bondad de explicarme y sobre todo de explicar á sus lectores, cómo un hombre, que según usted vivía bajo la pesadumbre de su apostasía, ha podido escribir con los postremos trazos de su pluma una alusión dolorosa á su «madre» la Iglesia diciendo «que está loca».

¡Ah! Sin embargo, en un segundo artículo publicado en el número del 14 de Febrero, usted mismo se encargó de refutar el anterior del día 12 diciendo: «Las afirmaciones de impiedad de Loyson datan de tiempo atrás», y copiaba usted una carta de mi padre contestando á uno de los infinitos—tan infinitos como des-

afortunados—que habían tratado de convertirle, que decía: «Tengo la esperanza de que Dios me hará la merced de no bajar nunca la frente ante el triunfo insolente y pasajero del ultramontanismo». Entre las dos tesis es preciso escoger. Ya ve usted que su lógica no es la nuestra.

Una última palabra. ¿Por qué la Iglesia tenía tanto empeño en convertirle, si no era más que un pobre miserable decaído? ¡Vaya un *Te deum* que les ha fallado!

Parecen oírse sus acordes entre los rugidos de vuestro despecho...

«Este hombre—dice usted—no ha muerto tranquilo.» Evidentemente, puesto que sus últimas palabras han sido: «Muerdo en paz con mi conciencia y con mi razón». Y no es menos cierto que este hombre, como usted afirma, murió casi desconocido, puesto que el gobierno de la República, la reina de Rumania, el alcalde de Roma, el de Orleans, su ciudad natal, el cónsul de Francia en Ginebra, el arzobispo de Canterbury, el patriarca Armenio y otros mil nombres de que hago á usted gracia han tributado homenaje de respeto á su cadáver, y porque, en fin, su efígie ha sido colocada en el capitolio de la Ciudad de los Papas entre los trofeos de la independencia del pensamiento latino.

Este tímido ensayo de leyenda debe ser retractado por usted en su periódico.

Y ahora le ruego que esté seguro de la indulgencia de mis sentimientos.

PABLO HYACINTHE LOYSON

¡Vaya una pälínodia! *La Croix*, órgano pontificio, condenado á publicar sin comentario y con el borete quitado, la apología del P. Jacinto, el reclamo de su biografía, el fracaso de sus convertidores y el ejemplo de su muerte tranquila fuera de la Iglesia...

Difamadores clericales: miraos en vuestro modelo.

En todas partes sois iguales. En Madrid, fué condenado por tal *El Siglo Futuro*; en Pamplona, *La Tradición Navarra*; en Soría..., en Burriana, en Mostoles y en todas partes... ¡como en París!

¡Difamadores de vivos y de muertos! ¡Vaya unas lenguas vuestras! lenguas, y vaya una mordaza la que pasea *La Croix*!...

La inmoralidad de los morales

«Y le presentaban unos niños para que los tocara.»
(San Marcos, X, 13.)

Hace años *El Motín* publicó un libro muy curioso titulado *El sexto mandamiento*, cuyos ejemplares fueron arrebatados con delicia por curas y frailes, y eso que sólo ellos eran los únicos protagonistas de las repugnantes proezas que allí se describían. Allí se espiaban algunos de los escándalos (todos hubiera sido imposible) que habían dado en Europa esos santos célibes de santidad tan probada; pero la relación no llegaba sino hasta el año 1892

desde 1881. Desde 1900 hasta el presente he publicado yo todos los que han llegado á mi noticia en *La semana clerical* que inserto en *El Diluvio* de Barcelona todos los sábados. Queda una laguna de unos ocho años que convendría llenar para que no sufriera solución de continuidad esta crónica erótico clerical escandalosa, que de muestra claro como la luz del día con procesos y sentencias, que la moral de nuestros inviolables maestros y modelos es un mito y una leyenda, y que están desautorizados en absoluto para levantar la voz en esta materia á aquellos á quienes Cristo llamó *luz del mundo y sal de la tierra*. En la *Aurora*, de París, y en la tercera edición de la obra portuguesa *Kazáo*, pudieran hallarse datos precisos para completar este catálogo de inmundicias clericales, y espero que *El Motín* no echará en saco roto estas citas.

Con referencia al año 1897, yo puedo presentar los siguientes casos:

El venerable P. Knopper, profesor de las Escuelas Cristianas, es condenado á veinte años de trabajos forzados por múltiples atentados al pudor.

El P. Guillermo, profesor de moral, á tres años de cárcel por haber intentado estuprar á varias niñas.

El P. Piffteau, profesor de Locle (Suiza), condenado á diez años de trabajos forzados por atentados al pudor en varios de sus alumnos.

El P. Cristóbal, profesor de una escuela católica de Reims, á tres años de cárcel por varios atentados al pudor.

El P. Stecuhsse, director de un asilo infantil, condenado á tres años de cárcel por intentar violar á una niña de tres años!

El P. Goupillat, profesor en el común de Dou, dos años de trabajos forzados por atentados al pudor en varios de sus alumnos.

Fray Car en, maestro de una escuela católica para niños pobres, un año de prisión por atentado al pudor.

Los Padres Ceres y Danzon, profesores de religión, cinco años de cárcel cada uno por atentados al pudor de varios de sus alumnos.

El P. Brout, ex-fraile y confesor en una escuela de niñas católica, cinco años de cárcel por violación forzada de una niña de once años, á la que comunicó una enfermedad vergonzosa.

El P. Chisand, profesor de las Escuelas Cristianas para niños pobres, condenado á veinte años de trabajos forzados, por atentados al pudor y violencias en nueve de sus alumnos, y además por tentativa de asesinato de un niño que se resistía á su hedionda lubricidad.

Año 1898. El P. Cailler, maestro de una escuela católica, cuatro meses de cárcel por intento de violación de un alumno de nueve años.

El P. Loubes, profesor en un colegio interno de Libourne (Gironde), diez años de reclusión por atentados al pudor en diecinueve de sus alumnos, varios de los cuales quedaron contagiados de un mal vergonzoso.

El P. Merle, profesor de moral en un Instituto cristiano, condenado á veinte años de trabajos forzados, por haber cometido frecuentes atentados al pudor en nueve de los alumnos más jóvenes en la misma capilla del establecimiento.

El P. Jerriu, director espiritual en un colegio femenino en el departamento de Cote d'Or, veinte años de trabajos forzados

por nefandas liviandades cometidas con inocentes niñas.

El P. Redraussart, profesor de [moral] en otro instituto católico, ocho años de trabajos forzados por reiterados atentados al pudor, cometidos con varios de sus alumnos y niños cantores del coro dentro del confesonario!

El P. Jacob, profesor de catecismo y moral, veinte años de trabajos forzados por los mismos delitos que el anterior, aunque más numerosos.

El P. Garnier, profesor de religión, en un convento de monjas con colegio de niñas, veinte años de trabajos forzados, por que atentó al pudor de variar de sus discípulas.

El P. Gruyt, profesor en una Escuela secundaria católica de Morbihau, veinte años de trabajos forzados por graves atentados al pudor de varios de sus alumnos.

El P. Jorges, profesor de moral en un colegio de Pergaux, siete años de trabajos forzados, por treinta y siete atentados al pudor cometidos en otros tantos alumnos suyos. Igual pena se impuso al P. Regis, que atentó al pudor de una pobre educanda de su colegio, que después resultó ser hija de aquel monstruo con sotana.

Hagamos punto. Y medita, padres y madres, que es una loca temeridad poner vuestros hijos e hijas al alcance de célibes forzosos, bien comidos y bebidos, y sin freno alguno en sus conciencias.

Que corran estos datos, queridos colegas.

FRAY GERUNDIO

DIARIO DE UN GIJONÉS

SANTOS DE ALQUILER

Desde que Francia se sacudió lo que el llorado Canatejas calificó de lepra clerical, ha tenido el culto católico en España tan peregrinas innovaciones, que resulta desconocido hasta para los mismos que de él habían hecho la primera necesidad de su espíritu.

No ha sido Gijón, por cierto, el que menos intensamente sintió la irrupción, y así vemos a la villa democrática acordada de conventos e instituciones piadosas, como si se tratara de poner sitio a las idealidades que bullen dentro de la urbe, para asfixiarlas con las altas y técnicas murallas.

Periódicamente emerge por nuestras calles toda la catapulta de reciente importación; pero la mayoría del vecindario ignora aún otra verdadera balumba de procedimientos espirituales que acreditan la dirección del más experimentado hacendista.

Entre muchos casos, citaré uno que es el que actualmente predomina.

Una de las instituciones extranjeras aquí establecidas, empezó alquilando por las casas, un San José minúsculo.

Eran treinta las familias abonadas, cada una de las cuales, por 1,50 pesetas, tenía derecho a llevarse el santo a su casa, adorándolo por espacio de 24 horas. Treinta días a 1,50, resultaban 45 pesetas mensuales.

Prero hete aquí que la parroquia fué unmento; otras muchas almas misti-

cas pedían también el santo y no era posible complacerlas, porque el San José tenía todos los días ocupados.

Resultaba una primada no aprovechar el negocio, y entonces se pidieron al extranjero mas carpinteros de Nazaret, y éste es el día en que circula por las casas de Gijón, toda una remesa de San Joseeses, a 1,50 diarias.

Hasta 31 de Diciembre último, el Ayuntamiento de Gijón participaba también del negocio, por el mayor consumo de aceite para alumbrar al santo; pero suprimidos los consumos, desde 1.º del actual los ingresos son exclusivamente para la institución extranjera, que tan bonita y próspera industria se le ha deparado en Gijón.

Que no todo ha de ser conquistar almas para el cielo.

EL CHICO DEL BULEVAR

El Novoeite.

Los jaimistas, liberales

Novela que podría ser historia

(Nos encontramos en París. En un cuarto reservado de un restaurant elegante conversan amigablemente un hombre y una mujer.

Por mucho que tratamos de aguzar el oído, sólo palabras sueltas llegan a nosotros).

—No te marches, no te marches...—dice la mujer.

—Pero hija, si en cinco minutos despa-cho á esos señores, y ya tenemos la noche libre.

—No me fío; acuérdate de la noche de... Monte Carlo...

—Comprendo que pasarías mala noche; pero, en cambio, al día siguiente bien te gustó el aderezo de brillantes...

—Que sólo me duró unos meses, porque ya te acordarás que en...

—Calla, calla; no me hables de aquel maldito americano, cuya suerte no falló una sola vez.

(Entra un criado).

—Señor. Le esperan unos señores en el gabinete rosa.

—Di que voy en seguida.

—No tardes—dice la señora—, y, sobre todo, no te comprometas para mañana, que ya sabes hemos quedado con Julita y el barón en ir juntos á Monte Carlo.

(Una caricia precede á un beso. El rojo criado iguala de color su cara con su traje, gira sobre sus talones y sale.

El gabinete rosa huele de distinta manera; al perfume natural de violeta del anterior, sustituye un fuerte olor de Piel de España. Cinco señores conversan sigilosamente.

El más joven exclama:

—Ese endiablado secretario nos va á es tropear la combinación. ¿Pues no se le ha ocurrido enviar las cartas y los recortes de periódicos? Si el señor se entera, todo está perdido.

—Pues no se los enseñe usted hasta después que haya firmado.

—Diga usted que los olvidó en el hotel.

—Diga usted que no los ha recibido; el correo pierde todas las cartas que no se quiere lleguen á su destino...

—Nada de eso es posible. Venía el paquete dirigido á él y recomendado; tuve que firmar recibo, y gracias á que no estaba cuando llegó, lo tengo en mi poder.

—Si pudiéramos abusar del «champagne»... á los postres...

—Sólo hay un medio. Yo me pongo enfermo á mitad de comida; uno de ustedes me acompaña, y los demás, que nada saben...

—Muy bien; muy bien.....

(El que sostuvo la conversación anterior sale al pasillo, busca á un criado, le hace una seña y vuelve á entrar.)

—Las nueve. Ya no debe tardar.

(Al poco rato se sienten pasos; todos se ponen en pie, y en actitud respetuosa esperan la entrada del caballero.

Después de unas cuantas exageradas ceremonias, dijo el caballero.)

—No sabéis qué contrariedad tan grande tengo. El embajador de Rusia me espera esta noche para darme instrucciones respecto á lo que he de hacer en la guerra de los Balkanes, para donde partiré, Dios mediante, mañana, así que sólo puedo dedicaros un cuarto de hora, viéndome privado de la satisfacción de cenar con vosotros. El señor marqués hará el obsequio de representarme y al propio tiempo de explicarnos mis deseos.

—Para hablar con más fundamento habíamos traído escrito el proyecto de organización.

—Nada de escritos; estoy saturado, de cartas, consultas, reclamaciones, mensajes, etc. Ya sabes tú—dirigiéndose al más joven—cómo las gasta...

—A propósito, señor: aquí ha llegado este voluminoso certificado, que debe ser de él. (Se dispone á abrirlo).

—No; de ninguna manera. Ahora no tengo tiempo. Mañana lo lees, y si hay algo urgente me lo mandas. Si á ustedes les parece nos ocuparemos de la organización. Les supongo enterados de mis deseos; una Junta central que resuelva; todos los personajes en ella, y presidente un hombre nuevo, de prestigio, montado á la moderna, que quite la ñoñez de que adolecen nuestros periódicos, que se ponga en contacto con el pueblo, que no extreme la intransigencia religiosa; en una palabra: modernizar nuestra organización. He pensado que podríamos encontrar presidente en Valencia, Zaragoza ó Barcelona, y así dábamos muestra efectiva de la descentralización que proclamamos.

—Señor; con todos los respetos debidos debo hacerle presente que un cambio tan radical podía producir escisiones. Las recientes desavenencias que parecieron arregladas en la entrevista de San Juan de Luz, tal vez se reprodujesen...

—Más valen pocos y bien avenidos que muchos desorganizados; pero no he de resolver sin que me digáis el nombre de vuestro candidato.

—Señor; nosotros no tenemos candidato; creemos debe ser presidente el que reúna condiciones, que sea de la grandeza de España, que tenga muchos años de servicio en la causa, que brille por su talento, que sea rico... que...

—Que sea viudo y que viva en la calle de Ferraz. No; ya os dije que no quería dar el salto atrás. Hombres nuevos, procedimientos nuevos, fomentar el tesoro, hacer que el periódico produzca en vez de costar. (Se oyen dos tímidos golpes en la puerta).

—Entren—dice el señor.

(Aparece un criado y dice):

—Esta carta de la Embajada de Rusia.

(Después de leerla de una ojeada, exclama):

—No puedo detenerme; haced en seguida el escrito. Que sea corto; muy corto.

—Señor; aquí traíamos un borrador...

—Venga, venga. ¡Qué borrador! Está muy bien; lo firmo y adelante.

—Señor; fíjese que no tiene membrete el papel, ni corona, ni sus armas...

—Estando mi firma está todo. *Toca el timbre.* Garçon, pluma y tinta.

—Falta el nombre del presidente de la Junta.

—Poned al de Valencia.

—Son cuatro letras su apellido, y se ha dejado espacio para más.

(Entra el criado, coloca el tintero y la pluma y dice al señor algunas palabras en voz imperceptible.

(El caballero firma y dice):

Entre esos cuatro nombres poned el que mejor encaje en el espacio en blanco, y ya que está todo terminado, destapad una botella y brindemos por la felicidad de España.

(Al destapar la botella saltan unas gotas sobre el escrito, que producen un ligero borron).....

(En el primer gabinete.)

—Si tardas cinco minutos más no me encuentras. Ya te diría el criado que estubo Juliá.

—¿Por fin vamos á Sant Clou?

—Abajo nos esperan en el automóvil grande.

—Vamos, vamos. Ahora á la Embajada de Rusia; mañana á los Balkanes... de Montecarlo.

—Ja... Ja... Ja.....

Ocho días después de estos sucesos era relevado en España el jefe delegado y publicados unos documentos que serán objeto de la próxima crónica.)

ROCAMBOLE

El País.

Antecedente histórico del carlismo

Sobre las doce de la noche del día 9 de Mayo de 1875, penetraron los carlistas en la villa de Fuentes de Ebro (Zaragoza); eran unos 200 hombres al mando de Mosén Pancho y Juan Aineto.

Permanecieron hasta las nueve de la mañana del siguiente día, después de haber exigido 7.000 duros y llevándose en rehenes 11 personas, entre las cuales figuraban D. Francisco Sorolla, D. Mariá Latorre, D. Francisco Delmás, D. Pedro Lapseute, D. Gregorio Cristóbal (és el jefe de la estación), y otros que no menciono por ignorar sus nombres en ese momento.

Además se llevaron 11 magníficas yeguas de las que aquí destinaban sus dueños al recreo.

Responde de la veracidad de dichos antecedentes

INOCENCIO LUCCA

Gracias á Lucca, y ruego á los amigos de todas partes que lean el *Almanaque del Carlismo*, que me envíen los datos que tengan, bien para rectificar en la próxima edición los erróneos, ya para aumentar los que en él no figuren.

Plumazos

En Francia como en España, la prensa clerical es «dulcemente feroz». Un periódico de este carácter, *La Croix*, dice comentando la guerra entre cristianos é islamitas:

«Si las potencias europeas fueran políticamente cristianas, les diríamos nosotros: Vosotros podéis librar á la cristiandad de ese cáncer del islamismo que la ha corroído durante trece siglos.

Extirpad ese cáncer, y puesto que convertir á los mahometanos no es misión vuestra, sino cosa evangélica, haced, impedid por lo menos que el mahometanismo sea un Estado europeo.»

En primer lugar, eso de «políticamente cristianas» hay que aclararlo y saber de una vez si la religión y la política son inseparables ó por completo opuestas é independientes. Los hechos nos demuestran que van perfectamente unidas, aunque se pretenda ocultarlo cuando puede contribuir A. M. G. D.

Califica *La Croix* de cáncer á la religión de Mahoma, y no hecha de ver que, punto arriba ó abajo, tal como las religiones se interpretan y practican, todas son enfermizas ó mortales de necesidad.

El mandato de extirpación dado por *La Croix* encierra una invitación á la crueldad, pues para eliminar de un continente cristiano una nación mahometana, preciso es apelar á la guerra, y la guerra es barbarie, y atraso, y ferocidad, y arcaísmo, aunque muchos señores reputados de sabios afirmen lo contrario. La autoridad ajena, cuando no es aceptada por la inteligencia, debe ser rechazada enérgicamente.

Las religiones, si fueran nexo de amor, debieran condenar, anatematizar la guerra; desde el momento en que la exaltan por este ó el otro motivo, han fracasado, y una buena ley internacional puede sustituirlas con ventaja.

Las matanzas de hombres son un crimen social, y no tienen justificación en ningún caso, pues por deducción sería legal el homicidio, el asesinato individual.

Lo mismo son trágicas y vergonzosas las degollinas de armenios realizadas por los turcos, que la destrucción de Turquía por los balkánicos, á los que todos hacen zalemas al presente porque llevan las de ganar, como despreciados eran cuando perdían sin tino durante el dominio de aquel famoso Abdul Hamid, á quien los príncipes cristianos trataban con toda reverencia y cortesía, á pesar de ser hijo del Profeta.

Si las mujeres de todos los países fueran más cultas que creyentes, formarían Ligas antiguerreras, porque no merece la pena tener hijos para que los hagan picadillo cuando más aman la existencia; y si á cuento y como pretexto se lanza el consabido tópico, Patria, viene la moral diciendo que todas las Patrias lo son igualmente para los que en ella nacieron, y que la misión de la Humanidad es ha-

cerlas amables y prósperas por los más suaves medios.

Hav que ser consecuentes, señores de *La Croix*, y el «no matarás» es contundente, categórico, rotundo, definitivo. El que mata por la Cruz es tan salvaje como el que lo hace por la Media Luna, y no vale sofistica. ¿Para qué lamentar la desmembración de Polonia, la católica, si se aplaude la desaparición de un pueblo mahometano? La razón es siempre una, con turbante ó bonete, que el nombre no hace á la cosa.

VIOLETA

Rompecabezas

¿En dónde está el gato?

¿Dónde la pastora?

El recuerdo de ese rompecabezas, que hará treinta ó cuarenta años anduvo en moda, ha traído á mi memoria aquel casi ya olvidado suceso de Huesca, que no sé en qué paró.

Estimaría que algún amigo de por allí se sirviese contestar á estas preguntas, para satisfacer mi curiosidad:

¿En dónde está el gato?

¿Dónde mosen Prisco?

¿Qué piensa la gente?

¿Qué dice el obispo?

¿Qué es de la Potota?

¿Existe algún preso?

¿Se ha sobreesido,

ó sigue el proceso?

¿O se ha demostrado

con prueba segura,

que allí no hubo gato,

ni niño ni cura?

Gracias anticipadas, y mandar.

LIBRO NUEVO

¡LIBERTAD Y A ELLOS!

Se ha puesto á la venta este libro.

No lo busquen en las librerías, porque SOLO HAY UNA EN TODA ESPAÑA que se atreva á llevar libros de esta casa:

La de Gregorio Pueyo, (Mensonero Romanos, núm. 10.)

Almanaque del carlismo

para los años 1913 á 1999,
POR "EL MOTIN"

Dedicado al obispo de Barcelona
DON JUAN LAGUARDA

ILUSTRADO CON 18 GRABADOS

Precio: UNA peseta.

EL MOTIN



España en una de las galerías del cementerio donde yacen los restos de los liberales asesinados por los carlistas en la primera guerra.

Ayuntamiento de Madrid

La Creu de Collformich

«Tuvimos ayer ocasión de hablar con un sujeto de quien puede, en verdad, decirse que vive por milagro. El recuerdo sólo de la relación que nos hizo del triste trance por que pasó, nos estremece todavía.

Ilámase José Prat y Vinolas: era sargento primero de la compañía de voluntarios movilizados de Roda, cuya fuerza estaba en Vich cuando la entrada de los carlistas.

Fué de los que lograron abrirse paso entre el fuego del enemigo y salir de la ciudad, cuando los carlistas tomaron los últimos puntos.

En el campo ya, con otros compañeros de armas, fueron perseguidos, y tuvieron que diseminarse, buscando cada cual su salvación como pudo.

Creíase, á las cuatro de la tarde, estar seguro en un escondrijo de una casa de campo, cuando acudieron á ella dos voluntarios más, y vistos por los carlistas, fueron hechos prisioneros los tres.

Juntóseles á otros doce ó trece prisioneros más, perseguidos y cazados como conejos por aquellos cerros.

A todos se había prometido respetarles la vida, y esta confianza abrigaban después de anochecido, cuando se les ordenó ponerse en marcha, atándolos de dos en dos y codo con codo. Se encontraban en el sitio llamado San Andrés de la Castaña.

No habían dado cuatrocientos pasos, cuando el jefe de la partida, Vila de Vila dru, dió la voz de alto.

Dijose á los quince ó dieciseis infelices, que se dispusiesen á morir, puesto que iban á ser fusilados en el acto. Un cura que acompañaba á la partida, ó formaba parte de ella, fué el encargado de recibir á aquellos desgraciados la confesión.

Ni súplicas, ni lamentos bastaron: tuvieron que resignarse al salvaje fallo las infortunadas víctimas.

El José Prat, á quien debemos el relato, tenía aún escondidos (después de haber sido registrado al caer prisionero) doce duros y pico, que entregó al cura rogándole los hiciese pasar á poder de su familia. El cura hízole observar que sería mejor destinarlos á sufragios para su alma; pero el pobre condenado insistió en que fuera el dinero á manos de su familia (que entre paréntesis no lo ha recibido todavía).

Para abreviar, puesto que parte el corazón trazar, siquiera sea sin comentarios, la desgarradora relación de tan horrible drama.

Hízose el fusilamiento, ó perpetróse, mejor dicho, el asesinato, por parejas.

Mandóse adelantar primero á los que fueron cafeteros de Vich, padre é hijo, conocidos por *Onclés*; se les hizo arrodillar y una descarga acabó con sus vidas.

Siguió á ésta otra pareja y de la misma manera fué inmolada.

Tocó el turno á la tercera, de la cual formaba parte el referido sargento primero José Prat, de cuyo relato nos estamos haciendo eco.

Solamente recuerda haber oído la voz de «fuego», las detonaciones de los fusiles y que cayó ó le arrastró al suelo consigo su compañero; ni siquiera supo darse cuenta de momento de si había sido herido, sintiendo correr sobre su cuello y cabeza un chorro de caliente sangre; mantúvose quieto y continuó hasta su fin el fusilamiento, resonando en sus oídos las descargas que iban acabando con las vidas de sus com-

pañeros de desgracia como si á él se dirigiesen

Terminada la hecatombe, empezó por los verdugos la requisa de sus víctimas, á fin de asegurarse de si habían sido ciertos los tiros, muriendo todos: algunos disparos sue tos indicaban al infeliz Prat, que si respiraba aún, muy pronto iba á sucumbir: un suspiro del que le sirvió de pareja, bastó para que se le rematase de un tiro de revolver á la cabeza que tenía pegada á la suya; sintió cómo los sesos de este desventurado le salpicaban. La sangre de que se hallaban cubiertos el rostro y la cabeza del Prat, hubo de hacer creer á los asesinos que estaba muerto; hasta recuerda haber oído una voz que dijo: «Ese si que cayó redondo; le tiré yo; bien le he apuntado».

Para cerciorarse de que ninguno de los fusilados sobrevivía, se procedió á tomarles el pulso. Séase por falta de ciencia del *facultativo*, séase porque no circulase en aquel momento la sangre en las venas del pobre Prat, es lo cierto que se le dió como á los demás, que lo eran realmente, por difunto.

Desataron los carlistas los cadáveres, y al Prat también á quien por tal se tuvo, y los dejaron abandonados en el campo con la consigna (que oyó también) de que por la mañana se les enterraría.

El pobre sargento, que aún no sabía si realmente estaba ó no herido, así que calculó que se habían marchado sus verdugos, intentó levantarse, ó mejor dicho, procuró salir de debajo del cuerpo de su compañero, que en parte le cubría: en pie ya, tambaleándose y pisando un humeante charco de sangre y los cadáveres de los que fueron sus compañeros, apartóse, cayendo aquí y levantándose allá, puesto que le sostenían apenas sus piernas, de aquel sitio de horror.

Anduvo errante por los bosques todo el resto de la noche; errante anduvo también y desfallecido todo el siguiente día, hasta que al caer de la tarde llegó á San Celoni.

En el estado en que hubo de llegar, lo comprenderá el lector. Hasta dos días después no estuvo en disposición de trasladarse á Barcelona, no repuesto todavía de la serie de sustos porque pasara y que pueden ciertamente llamarse toda una larga cuanto prolongada agonía.

Entre los dichos fusilados había, además de los dos cafeteros antes citados, el capitán de voluntarios llamado Sila y tres soldados del regimiento de América que habían quedado en Vich al salir de aquella ciudad su regimiento.

Crónica de Cataluña.

21 Enero 1874.

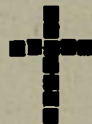
Las víctimas de Collformich son de las poquísimas afortunadas á quienes la Patria y la Libertad han mostrado algún reconocimiento, ya que no todo el merecido.

El año 1885, por iniciativa de los liberales de Vich, fueron buscados los restos de los muertos y transportados al cementerio de aquella ciudad en solemne procesión cívica, que debiera renovarse todos los años para recordar á los clericales del país las glorias de su religión y las hazañas de sus héroes.

Junto al panteón de estas víctimas es donde debiera haber sido emplazado el monumento al cabecilla Galcerán.

Sevillanas

Leo en el periódico *Caras y Caretas* de Buenos Aires:



AVISO

El día 21 del corriente por la mañana llegaré á Piedritas en el Hotel Delicia, para Bautizar, Casar, etc., y me quedaré hasta las cinco de la tarde del mismo día.

El Pbro. Eugenio Blanco, autorizado por EL CURA y VICARIO.

Pbro. César Pezzoni

Junje, Setbre 9 de 1912.

Nota A las diez á m de dicho día habra misa también.

De ésto, á la realización de sacramentar con la consiguiente rebaja de precios no hay más que un paso; y ese es de esperar que lo dé el párroco de Piedritas, cuando se percate de qué, ni aun ofreciendo su mercadería espiritual como un simple viajante de comercio, encuentra quien le dé un *chavo* moruno por sus averiados artículos.

Cuando los curas se ven precisados á agenciarse los pajoleros *grabieles* publicando anuncios de ese corte en periódicos francamente liberales, hay que reconocer con entera satisfacción que la impiedad cunde por doquier y amenaza con rebajar varios puntos la cincha de las respectivas panzas clericales.

Lo que era en la mesa del antiguo cura olla repleta de oronda morcilla y de ricos garbanzos castellanos, deglutido todo en santa paz al calorcillo de un hogar reconfortante, hase convertido, por el poder mágico de estos malditos tiempos de impiedad que atravesamos, en un triste puchero con un tanto más cuanto de judías y tal ó cual desazón por añadida.

Y aun éste mismo potaje ¡cuántas fatiguillas les cuesta á algunos sotanas algarabarlo!

Añoremos aquellas pasadas grandezas y felicitemos al presbítero Eugenio Blanco por su peregrina ocurrencia, recomendándole de paso, que si algún día se decide á vender prospectos de esa clase al peso, nos mande un kilo, surtidos, como medida de prevención para el caso de tener que hacer alguna urgente necesidad de esas que no podemos encomendar á segunda persona.

En ese sentido acabo yo de escribirle en éste momento al compadre Pezzoni, del que parece ser mozo de estoques ó apoderado el párroco de Piedritas, según

parece desprenderse del preinserto anuncio.

E. GIMENEZ MONROY

Enero 1913.

Contraste

Habíamos visitado la fábrica de aquel buen señor, afable y obsequioso como pocos hombres traté. Para compensarnos del calor consiguiente al viaje, nos obsequió con un refresco que tiraba á festín. El champagne helado corría de mano en mano y de boca en boca, espumeante, hecho topacio tras la muselina de los vasos bohemios.

Organizado fué el refresco bajo un cenador de azules campanillas, que ocupaba el centro del jardín. A la derecha de éste alzabase el hotel del dueño, rico en mármoles, pródigo en ventanales, fastuoso en adornos, cómodo é higiénico en sus amplios y bien distribuidos interiores.

A la izquierda, en un edificio modesto pero limpio y bien orientado, asentaban las habitaciones del director y de otros dos jefes de la fábrica.

Esta no se veía desde el jardín. Un alto muro la ocultaba de los ojos curiosos; los árboles remataban las faenas del muro. Sólo por entre las capas de aquellos árboles veíanse flotar, de tiempo en tiempo, negras columnas de humo. El aire mansueto aplastaba contra las ramas, entre nebreándolas, manchándolas con salpica duras fangosas. A veces estas salpicaduras se juntaban sobre el espacio formando sombríos nubarrones que ocultaban los azules del cielo y enmataban los oros del sol.

Atravesamos un ancho portalón abierto en el muro, y nos dimos de cara con un patio fangoso y mal oliente. Aguas infectas se encharcaban en él; las piedras del piso negreaban; la fachada del edificio hinchábase en costras leprosas, en grietas purulentas; el vidriaje de las ventanas era ruín, protegido por alambres; costras de polvo robábanle su transparencia; las telas de araña flotaban como gasas fúnebres, al empuje del aire. Por un boquete abierto en el centro de la techumbre ascendía la chimenea. Tomárasela por una gigantesca boa, erguida fieramente sobre la cola, en planta de embestir, de engullir la presa con sus fauces enormes que vomitaban contra la atmósfera cálido y pegajoso aliento.

Era siniestro el exterior del edificio, por cuyas puertas entraban y salían hombres y mujeres churretosos, mal trajeados, limpiándose con los dorsos ásperos de las manos el sudor que chorreaba por sus frentes.

Los talleres eran sombríos, húmedos, incapaces para el número de obreros que en ellos faenaban; disueltos con el aire notaban átomos de borra, que taponarían los pulmones humanos, obligados á respirar. La atmósfera envolvía á los obreros en vahos plumizos, desdibujándolos, convirtiéndolos en fantasmas, en trágicas siluetas que se inclinaban sobre las máquinas gruñonas.

En aquellas salas, bajas de techo, faltas de luz, sobradas de humedad, campaban libremente, la asfixia, el reuma, la tisis... La muerte debía cobrar pingües tributos en la carne de los obreros que pasaban y repasaban por frente de nosotros.

Era aquello entre calabozo y sala de tortura; por él caminaba el verdugo, el dueño, sonriente, gozoso, haciéndonos ver el juego de la maquinaria, la habilidad de sus trabajadores, de las víctimas del jornal, por cuyo esfuerzo podíamos obsequiarnos él con champagne en el cenador de su poético jardín.

A la salida, cuando atravesábamos el patio, un carretero golpeaba fuertemente con su vara de fresno á una mula reacia en el arranque. Menudeaban los varazos en el cuerpo del animal y los juramentos y blasfemias en la boca del hombre.

—¡Bestia! ¡más que bestia!—exclamó el dueño de la fábrica, encarándose con el carretero.—¿No te da lástima el animalito? ¿Es esa manera de tratarlo, verdugo?... ¡Deja de varear ó tente por despedido de mi taller, salvaje!

—¡Ah!—continuó hablando con nosotros.—¡parece mentira que haya gente tan criminal, tan poco considerada con los animales! Vale decir que este espectáculo, en mi casa, constituye excepción. No lo permito. Soy de la Sociedad protectora.

Oyéndole hablar así, luego de haber recorrido su fábrica, recordaba yo una escena presenciada por mí en París, en el Luxemburgo, en el espacio donde acuden á echar pan á los pájaros los filántropos parisienses.

Una señora acababa de arrojar á las bestiezuelas medio panecillo, tierno, dorado, apetitoso. Un chichuelo harapiento, con el hambre y la miseria estereotipados en la cara, se inclinó para recoger y hacer suyo el manjar. Su estómago, vacío desde el día anterior, empujó su mano hacia el mendrugo.

La señora, indignada, dió al hambriento un formidable pñntapié que le hizo caer de bruces.

¡Pues no faltaría más sino que un golfo robara su alimento á un gorrión!

JOAQUIN DICENTA

CURA DENUNCIADO

Dice *El Pueblo* de Valencia:

«La Guardia civil de Argelita ha denunciado al cura párroco de Toga, D. Roque Soliva Bernat, por haberle ocupado un rifle.»

Si denunciaran á todo cura ó fraile que llevase armas y se le impusiera tan sólo cinco duros de multa, subiría próximamente la suma á 500.000 duros, suponiendo que no fueran más que 100.000 los que las llevasen.

Los autos de fe

Recuerdos de la Historia

Ya hemos indicado en otros artículos referentes á la Inquisición, que las bárbaras ejecuciones que se celebraban con toda la pompa eclesiástica, solían verificarse en celebración de algún gran acontecimiento, como la coronación de los reyes, su matrimonio, el nacimiento de un príncipe, etc., intercalando esta salvaje diversión entre luminarias, torneos y otras expansiones populares.

Cuando no se había de celebrar ninguno de estos acontecimientos, los in-

quisidores no hacían sino el gran Auto de Fe anual, á menos que el número de los reos llenase las cárceles, obligándoles á vaciarlas para dar entrada á otros desgraciados.

Estas ceremonias se anunciaban mucho tiempo antes por todas las aldeas y lugares vecinos al punto de la ejecución.

La sentencia de los infelices que debían ser quemados, les era leída quince días antes para darles tiempo de sentir todo el horror de su destino. La noche que precedía al Auto de Fe, se les entregaba las vestiduras destinadas al sacrificio, que consistían en un ropaje talar de mangas anchas y un pantalón de lienzo negro rayado de blanco.

Conducíaseles en seguida á una galería ó departamento espacioso para colocarlos por orden, según la importancia de los crímenes que se les atribulaban y diversidad de suplicios que se les preparaba.

Allí se les daba la principal prenda de su librea, que era un escapulario, parecido á la casulla de sacerdote, de los que había de tres clases: El de San Benito, hecho de lienzo amarillo, adornado por detrás y por delante con una cruz roja de San Andrés. Este distintivo se ponía á los incrédulos, judíos, mahometanos y herejes.

Los que se obstinaban en negar los hechos de que se les acusaba, pero que eran «confesos» por las declaraciones de los familiares del Santo Oficio, llevaban la zamarra de lienzo pardo, con un tosco retrato del reo pintado en ella, rodeado de llamas y demonios.

Los reos que acusaban á otros llevaban la zamarra pintada con llamas al revés. Por lo común no se les quemaba, pero estaban condenados á otro castigo que ignoraban hasta el momento de la ceremonia.

Además de los distintivos señalados, poníase á todos los reos un bonete de cartón, llamado *coroza*, de la forma de alto cucurucho, pintado de llamas y demonios. Como el Evangelio prohíbe derramar sangre, se daba á los condenados una camisa impregnada en azufre que les quemaba á un tiempo todo el cuerpo é impedía la efusión de sangre. Al mismo Satanás no se le hubiera ocurrido procedimiento más hipócrita y más inhumano.

Una vez vestidos los pobres reos con esas libreas ridículas, eran conducidos en procesión entre multitud de frailes que llevaban sendos cirios amarillos hasta el lugar del suplicio. A cada reo nombrábase un padrino «porque iban á ser bautizados con su propia sangre en holocausto de la fe.»

Tras los reos que podían andar por su pie, eran conducidos los que, quebrantados por las torturas inquisitoriales, no podían moverse, y en pos de estos arrastraban los cadáveres de los que no habían podido soportar los tormentos en los calabozos, lo de los que se suicidaron, los desenterrados que en vida no pagaron sus heregías, y finalmente, los carros llenos de libros ó manuscritos condenados

por la Iglesia que hablan de sufrir también el fuego purificador.

Esta horrible comitiva, que desearían ver pasar por las calles de Madrid muchos buenos católicos, iba cerrada por el I quisidor mayor (actualmente lo es el Arzobispo de Toledo) seguido de todos sus oficiales y de una multitud de clérigos, monjes y populacho, al que la curiosidad y la esperanza de ganar las indulgencias atraían de todas partes el Auto de fe.

Llegada la procesión a la iglesia, procuraba el cura más antiguo un sermón patético sobre la utilidad y utilidad del Santo Oficio, liase enseguida las sentencias de todos los condenados, y otro sacerdote daba a los que habían confesado un golpe de vara, para relevarles la excomunión, lo cual, naturalmente, no les relevaba de la ejecución.

H cho todo esto, hacíase la distribución de suplicios; ahogábase y quemábase cristianamente a los que morían después de confesar sus culpas, y quemábase a fuego lento a los que se obstinaban en no confesar lo que sus jueces querían.

J. CABALLERO DE LA VEGA
Barcelona, Enero 1912.

Café católico

En Granada se ha establecido un *Café católico*, al que concurren los sacerdotes a quienes está prohibido por el arzobispo entrar en los demás.

¿Y concurren católicos también?

Y los curas ¿van vestidos de pecador, es decir, de persona, ó van de capa y mantesos?

¿Y toman el café bendecido, ó sin bendecido?

¿Y hay bailaoras y cantaoras flamencas en el salón?

¿Y hasta qué hora está abierto?

¿Y se reza el rosario?

¿Y los mozos llevan escapulario visible al cuello?

Y si no hay nada de esto ¿por qué se llama *Café Católico*?

A este paso, el mejor día vamos a ver este anuncio en un puesto de verduras.

Calabazas católicas

Juías ortodoxas.

Si no atentasen contra el sentido común y el bolsillo estas cosas, ¡qué diversiones fueran!

PRODUCCION Y REFORMAS

A creer a los jeremías de la contra revolución y el conservadurismo, el mundo de la producción caminaba a su fin. Las exigencias de los obreros, las agitaciones de en cadenas por los sindicatos, el efecto de las leyes sociales agobiando la industria con trabas y gastos generales, todo eso debía paralizar el trabajo, disminuir la actividad creadora de la sociedad moderna. Ahora bien, las estadísticas muestran que

en todas partes el comercio crece, que en todas partes aumenta la masa de productos en circulación.

En Europa entera, en esta Francia infortunada en donde esa malvada C. G. T. crea un estado permanente de inseguridad y desorden; en esa Alemania en donde el socialismo prospera continua é irremisiblemente como un alud que sobrepasará pronto la altura de los diques. En esa Inglaterra agitada en donde la legislación social se ha desarrollado desde hace algunos años con intensidad extraordinaria y en donde las trade unions afilan sus armas de combate, en todas partes las cifras del comercio exterior descubren considerable aumento. En todas partes los ingresos de las compañías ferroviarias han crecido. En Francia, la explotación, principalmente de artículos de fabricación, se ha elevado este año á cerca de cuatrocientos millones más.

¿Que significan, pues, las quejas reaccionarias? ¿Cómo explicarán los hombres de la contra revolución este aumento de la producción? ¿Por qué manos ha sido fabricada la masa creciente de productos?

La verdad es que la producción se desarrolla tanto más, cuanto la clase obrera organizada exige mejoras de condiciones de vida. Cuando la paz armada no derroche más millares de millones; cuando todo el capital disponible se emplee en mejorar las herramientas, á fertilizar el suelo, á utilizar las fuentes de energía naturales; cuando la masa enorme de los asalariados haya conquistado mejoras superiores en su alimentación, su abrigo, su alojamiento, las condiciones de vida á que aspira, una fuerza enorme de consumo se creará que ensanchará el campo de la producción. Elevándose la clase obrera eleva todo el sistema económico y social. Quienes en el pretendido interés de la producción reclaman del obrero que se esté quieto, no son sólo egoístas: son ignorantes, rutinarios, bárbaros. Bien asegurado contra todos los riesgos, preservado por la limitación de la jornada de trabajo de la explotación que agota y aniquila, habiendo adquirido capacidad, mediante una educación más fina, para necesidades más variadas y nobles, fortificado en poder de consumo por los jornales altos, asociado por completo á la enorme superválía social de que hoy disponen de demasiado exclusivamente las oligarquías, los trabajadores, la clase obrera, haría una potencia de progreso económico incomparable.

Y los profetas de la ruina que tienen miedo de la justicia podrán desgarrar sus vestiduras y cubrir su cabeza con ceniza. El mundo se reirá de sus lamentos,

JEAN JAURES

JOH. LA CARIDAD CRISTIANA

Después de algunos años al servicio de los P. P. escolapios de Pamplona, ha muerto en el Hospital civil el portero del colegio de dichos frailes. Y para demostración del amor que los *padres* profesan á sus semejantes y el agradecimiento que experimentan hacia quien los sirvió largo tiempo, han consentido que aquel infeliz abandonara este picaro mundo poco menos que en la forma que á él vino.

Si el cadáver ha marchado cubierto, será quizá porque el Hospital no permitía

que las piltrafas de un desheredado de la fortuna salgan sin algún envoltorio; pero la caridad y esplendidez evangélicas de los escolapios no deben ser muy susceptibles, cuando toleran que á un desdichado se le conduzca á la última morada sin caja.

Esto, que al parecer carece de interés, lleva más importancia de la que algunos creen; porque un ejemplo así dado á los crédulos, tiene que hacerles pensar en lo que puede esperarse de esa gente.

Porvenir Navarro

Contra el Papa

El Papa ha reprobado los folletos del magistral de Sevilla, Roca y Ponsa. titulados: «¿Se puede en conciencia ser liberal conservador?» y «¿Cuál es el mal mayor, y cual el menor?»

Los folletos se editaron en la imprenta de *La Gaceta del Norte*, de Bilbao, periódico jesuitico, y dícese que fueron pagados con fondos del legado para propaganda de buenas lecturas que dejó aquel Sr. Bulfí, que también entregó 25.000 duros á Vázquez Mella para *El Correo Español*, que creo no han llegado aún á su destino.

¿De modo que los jesuitas distraen fondos de su objeto para emplearlos en editar escritos condenados por el Papa?

Están en carácter; no son los primeros cuartos ajenos de que disponen, ni el primer Papa á quien combaten.

Como consecuentes, hay que reconocer que lo son.

Lección merecida

Leo en una revista carca de Zaragoza: «El día 30 embarcaron en el vapor «Ortega» doce Religiosos Pasionistas.

Van á la República del Perú.

De allí los llama el Gobierno republicano, el cual abona todos los gastos de viaje y satisfará los de su estancia en dicho Estado.

Quieren esos republicanos que los *escolapios* Religiosos se consagren en aquellas tierras á la realización de obras de enseñanza y caridad, en las que son maestros.

¡Qué lección para los republicanos españoles!

¡Tremenda!... ¡Tremenda!...

Desde que leí la noticia, exclamo á cada instante:

«Para castigo de mi impiedad cualquiera leer una parecida cada medio minuto hasta que no quedase ni un sólo fraile en España.»

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PRESTA

ARTÍCULOS FIAMBRES

Impenitente

A MI TINTERO

¿Te acuerdas? Por ahora hace catorce años que te compré. ¡Catorce años! Casi una vida. La revolución de Septiembre estaba en su apogeo, y la fiebre de las ideas inflamaba los cerebros. Un tintero, una pluma y unas cuartillas eran entonces, más que otras veces, el bagaje de los obreros del ideal.

¡Con qué emoción te llené de tinta! Tenía gran impaciencia por llevar una piedra a la gran obra revolucionaria. Lo primero que escribí, lo recuerdo bien, fué un artículo titulado *La fraternidad universal*.

¡Qué candidez la mía! Creer en la fraternidad universal siendo la lucha ley de vida; comulgar en amor con todos los hombres, siendo el odio el primer elemento civilizador por las energías que despierta, y suponer además que el derecho puede triunfar por su propia virtud sin el auxilio de la fuerza, es, aún cuando en aquel tiempo no me lo pareciera, de una inocencia paradisiaca.

Cuando hoy repaso algunos de aquellos escritos, compadezco, sonriéndome, al joven aquel nervioso é impresionable, cuyo rostro se encendía de indignación á cada paso, intransigente y quijotesco, intratable y ridículo, y me pregunto admirado cómo ha podido salir de él este hombre, yo, tan sensato, tan sereno, que se lo explica ya todo, disculpándolo casi todo, y acabará acaso por transigir con todo.

Otra de mis monomanías en aquella época era ver en cada hombre importante un apóstol y en cada apóstol un mártir; así me creé una porción de ídolos que luego he tenido que ir poco á poco tirando de sus pedestales, trabajo ingrato y desagradable cual ninguno.

¡Qué tiempos aquellos! Hay que recordarlos con orgullo y con pena. Con orgullo, porque todas las ideas nobles encontraron eco y todos los problemas grandes se pusieron á discusión, sembrando la semilla que algún día fructificará; y con pena, porque faltaron hombres para imponer las unas y resolver los otros con la audacia propia del revolucionario. Atletas en la oposición, aparecieron encanijados en el poder, matando de este modo la fe en sus partidarios y dando alientos y esperanzas á sus enemigos.

Este retrocediendo ante escrúpulos de conciencia, pueriles cuando están de por medio la patria y la libertad; aquél exagerando el principio contrario y fiando á los procedimientos de la escuela doctrinaria la salvación de aquello que se perdía precisamente por falta de arranques viriles; el de allá encerrándose en una frialdad aparente y un silencio enigmático, que mueven á risa cuando no se ponen al servicio de un gran propósito bajo la base de una voluntad firmísima; y

los demás, quién por despecho, quién por ambición mezquina, quién por miramientos que no deben guardarse en circunstancias extrañas, todos, unos más, otros menos, contribuyeron á derribar lo que tenían la obligación de consolidar y defender.

Los vapores de la torpeza y la incapacidad se condensaron al fin, formando la nube que ocultó y oculta todavía el astro revolucionario; y vinieron días oscuros y tristes en que las ideas tomaron el color del líquido que tú, tintero mío, encierras, y comenzaron á cotizarse los remordimientos y premiarse las apostasías, sin que de aquel naufragio se salvara ni un hombre de los que figuraron en la República, pues los que permanecieron fieles perdieron por cobardes lo que se ganaron por consecuentes; viéndose precisados los jóvenes, á quienes las responsabilidades no alcanzaban, á aceptar el compromiso de limpiar las ideas que otros habían enlodado.

El que se encontró con una reputación hecha, juzgó más cómodo ceder que resistir, lamentarse que protestar, y dedicóse á vivir á la sombra de ella; mas el que no pudo, ó no supo, ó no quiso adquirirla durante aquellos años en que tan fácil fué, lo mismo que cuantos vinieron luego á la vida pública, tuvieron que vencer dificultades inmensas para armonizar las exigencias de la ambición justificada con la severidad del carácter y la pureza de la doctrina.

Y comenzaron á luchar rudamente, solos, aislados, sin jefe ni guía contra un poder avalador, teniendo que responder á cargos que no les alcanzaban, siempre en la brecha, atacando á lo presente por sus complacencias con lo pasado y á los dos para allanar el camino de lo porvenir. ¿Qué importa que algunos hayan desmayado antes de llegar á la tierra de promisión, ni que agujoneados por apetitos pequeños hayan buscado entre los enemigos el reposo y la fortuna que hoy no se hallan entre nosotros? Sobre ser pocos, tienen esta disculpa: el que vive de la limosna acude á donde se la dan.

Honor á los que quedan, pues la tentación era y continúa siendo terrible en estos tiempos en que tanta nulidad se encumbra y tanto imbécil medra. Desearlo todo y no tener nada, saber que bastaría ofrecerse para ser aceptado, y permanecer firme en medio de tantos ejemplos de debilidad, rozándose con tantas concupiscencias y sufriendo tantas ingratitudes, es mérito que nadie podrá negar á los que hoy luchan.

Y como yo soy uno de ellos, y tú, tintero mío, sabes que nunca mojé en ti la pluma para defender otra idea que la republicana, te quiero hacer partícipe del orgullo que siento al pensar que he estado, estoy y estaré con los de abajo, teniendo condiciones sobradas para entenderme y medrar con los de arriba.

1882

Redimir al cautivo

Trabajemos por los de abajo con la fe y la constancia que nuestros antepasados trabajaron por nosotros, hasta sacarlos del lozadal de la abyección en que se revuelcan.

Son rudos, son groseros, y tienen todos los vicios de la miseria, el fanatismo y la ignorancia; mas por lo mismo debemos tenderles la mano.

Habrán quien se escandalice de este lenguaje: me importa poco. La moda de las declamaciones teatrales pasó y hoy sabemos que se sirve mejor al Pueblo hablándole la verdad que adulándole.

Si la miseria atíquela, la ignorancia esclaviza y el fanatismo embrutece, vincular las virtudes y las nobles cualidades en las víctimas de esa trinidad infame, sería absurdo. ¿Qué representarían entonces el bienestar y la ilustración que pedimos para ellas?

La leyenda de los pueblos ignorantes y virtuosos, es... una leyenda. Mientras más se aparta el hombre de su origen más se eleva y dignifica: cuanto más cerca está de la naturaleza, más se confunde con el animal.

Alejémosle del Paraíso y démosle el alma que no tiene, pues el alma existe, sólo que debe llamarse así á la inteligencia desarrollada y libre.

Si; laboremos por los de abajo hasta redimirlos de la cautividad de la miseria, sin avergonzarnos de su rudeza ni arredrarnos por su ingratitud. ¿Quién los defendería si nosotros, los que sabemos qué es hambre y frío y abandono les retirásemos nuestra protección?

Porque somos de los suyos. Como ellos eran nuestros padres, y como nuestros padres seríamos á no haberse encargado otros de redimirlos.

Si; hay que tener el orgullo del abolengo; este abolengo de penas y angustias, pero también de triunfos y glorias.

¿Cuál será el salario de estos servicios? El desprecio de los altos, la calumnia de los iguales y la ingratitud de los favorecidos. Lo sabemos; pero hay que obrar como si lo ignorásemos. Piensen otros en el premio: á nosotros debe bastarnos la satisfacción del deber cumplido.

Y hagamos esta ruda labor llana, sencillamente, sin elevarla á sacerdocio, ni rodearla de aparato ni apelar á recursos de charlatanismo.

El procedimiento importa poco: mas que cada cual elija el que le agrade siempre que conduzca al fin.

Por mi parte adopto el de remover los obstáculos que se opongan á nuestro propósito, abriendo á la vez un agujero en el calabozo de la ignorancia en que el Pueblo yace, para que al ver la luz se avive en su pecho el deseo de verse en libertad.

1883

Recuerdos consoladores

Habladme de la revolución; aquella honrada revolución donde todos los pro-

blemas sociales se discutían y todas las ideas generosas se incubaban al calor de grandes ideales.

Habladme de aquella actividad, aquella vida que en todas las esferas palpitaba; de aquellos nobles entusiasmos por todo lo grande y levantado.

Habladme de aquellas impaciencias generosas, aquella sed de reformas, aquel rudo pero provechoso batallar entre todas las fracciones que la llevaron á cabo.

Habladme de aquellas simpatías y aquellos respetos que despertaba en el mundo; de aquellos discursos transmitidos por telégrafo á todos los puntos de la tierra.

Habladme de todo aquello, porque quiero hallar en el recuerdo de tan enorgullecido pasado remedio para la pena que me cansa este ignominioso presente en que nos vemos escupidos por Europa, despreciados, robados y tratados á puntapiés por pueblos que estuvieron sujetos á nuestro dominio.

En que el vicio se cotiza á gran precio, la inmoralidad escala el poder y la vileza es premiada.

En que se roba sin escrúpulos, se trafica con la honra de la patria y se entrega villanamente su territorio.

En que los bandoleros son protegidos en altas regiones, mientras perecen asesinados en las calles los hijos del trabajo.

En que el hambre se enseorea del país y la emigración toma proporciones alarmantes.

En que no hay hora sin trastorno, ni día sin atropello, ni semana sin sangre.

En que la prostituta medra, el fraile saquea, el ladrón recibe honores.

En que ya no sabe el hombre honrado qué camino tomar para no caer en las redes de la pillería dominante.

En que una turba asalariada de histriones de la pluma defiende con descaro inaudito á los miserables que gobiernan.

En que la opinión pública se ve despreciada, insultada y encarnecida insolentemente.

En que se considera delito amar á esta España desventurada, cuyo territorio se quieren repartir otros pueblos.

En que se encierra en la cárcel á los que tratan de oponerse á su desmembración y se amordaza á los que la vitorean.

Y en que no hay derecho amparado, honra asegurada, ni propiedad garantida.

Por esto quiero que me habléis de la revolución; aquella honrada revolución que sólo cometió una falta: la de no acabar con los reptiles que se enroscaron á su cuello al verla generosa y confiada, y que al fin lograron sustituirla por esta vergüenza, esta ignominia y esta deshonra que se llama restauración.

1885.

Lógica de los hartos

Porque en el año último sólo consignó la estadística 117 suicidios por miseria, un periódico clerical se burla de lo que él llama declaraciones demagógicas.

¡Ah, y cómo se conoce que tienes el

riñón bien cubierto, sabe el diablo cómo, y que no teijas en los estragos que la miseria hace!

Si lo hicieras, sabrías que por cada español que se suicida, hay por lo menos ciento que se mueren de hambre silenciosamente, enervados por la doctrina que les enseña á sufrir en este mundo real para gozar en otro mitológico.

Sabrías que la miseria hace estragos á diario en la clase productora, como puede comprobarse en los registros de los cementerios contando las víctimas que caen en la fosa común.

Y sabrías que, además del suicidio material, existe el moral, que llena las cárceles de hombres y las mancerbas de mujeres, para que vayan á solazarse con ellas los miembros de la clase que niega la existencia de la miseria.

¿Que no la hay en España? Jamás fué mayor. A la producida por la crisis europea, únese la que engendra entre nosotros lo exorbitante de los impuestos, los robos escandalosos y frecuentes en la administración, el odio al trabajo, nacido del ejemplo que dan los que se enriquecen sin hacer nada; las múltiples trabas que impiden el desarrollo de toda iniciativa fecunda.

¿Que no hay miseria! Si los infelices que se pasan días y días sin comer se uniesen en un sitio y á una hora determinada, cada uno con un fusil en la mano, podríamos conquistar el mundo; y si los gemidos ahogados de los que sucumben se trasformasen en gritos de rabia, el estruendo de mil cañones disparados á la vez, apenas semejaría rumor lejano.

Se necesita todo el cinismo de los clericales, para deducir de la relativamente escasa lista de suicidios por miseria, que esta señora no reina y domina autocráticamente en esta nación plagada de conventos, en los que todo sobra, menos caridad.

1889

El amo y señor

¡Libertad, reacción!... Palabras de escasa influencia hoy en los destinos de España.

Quien lo determina todo, y lo prepara y lo realiza, eres tú, billete de Banco.

Los cambios políticos tú los haces, prefiriendo al partido que responde mejor á lo que en el instante aquel te conviene.

Es preciso, pues, que sigas á toda costa y á todo coste circulando en el mercado por todo tu valer, lo mismo cuando te presentas con la máscara de 25 pesetas que con la de mil.

Todos los intereses, bien lo sabes, forman una piña compacta alrededor tuyo: instituciones, clero, milicia, magistratura, clase media... Hay que defenderte, por ser tú el símbolo visible é irremplazable de todos los privilegios.

Las reformas pedidas por los unos y ofrecidas por los otros tienden al mismo fin; á que continúe tu supremacía, á de-

tener la revolución que haría de ti un papel depreciado.

Esta es la clave, la madre del cordero. Si aquí hubiese un pueblo viril, pronto quedaría resuelto el problema nacional quitándote tu valor.

Pero como no lo hay, se plantean de vez en cuando cuatro reformas de relumbrón que en el fondo no te afecten, los bobos aplauden, y al compás de sus aplausos sigue la mentira económica que representas triunfando en toda la línea, y acabando lentamente con España.

1899.

El despertar

«¡Dios nos deja de su mano!... ¡Dios nos prueba!... ¡Dios nos castiga!... ¡Confiemos en Dios!... ¡Rogemos á Dios!... ¡Pidamos á Dios!...»

Esto se oye por todas partes.

Y rogativas por aquí, y novenas por allá, y misas y responsos...

Y los obispos bendiciendo á los soldados... Y regalándoles estampitas. Y colgándoles escapularios...

Y el Nuncio bendiciéndolos también en nombre del Papa... Y los generales llevando pendones por las calles... Y los coroneles pasando sus cruces por la momia de San Isidro.

Y á compás de esto, los soldados cayendo á montones en Cuba, los unos víctimas del vómito y otras enfermedades; los otros por las balas y los machetes, que no reparan en escapulario mas ó menos...

Y por si no bastare, ha estallado otra insurrección separatista en Filipinas que reviste gravedad suma, según confiesa el mismo Gobierno.

Este es el despertar del sueño de la restauración.

Todo ha sido aquí mentira, menos el robo y el saqueo, durante los últimos veinte años.

Mentira el bienestar, pues únicamente vivían los que chupaban la savia de la nación.

Mentira la prosperidad, pues sólo se elevaban los tahures de la política, los usureros del Estado, los agiotistas de la fortuna pública.

Mentira el orden, pues no era más que la calma que precede á las grandes tempestades.

Mentira la moralidad, pues en ninguna época de la historia medraron más todas las prostituciones, del cuerpo y del espíritu, del talento y de la conciencia. No hay prostituta de viso que no lleve hoy blondas, ni prostituto de pluma que no vista frac.

Para llamar la atención á otra parte á fin de poder continuar tranquilamente acabando con el país, pusieron los monárquicos en moda la devoción y trajeron la basura clerical arrojada de Francia. Y hoy está convertida la España de Mendizábal en un gran convento, donde se conspira constantemente contra todo lo honrado, se calunnia todo lo digno, se persigue todo lo decente.

¿Qué hacemos los republicanos, que no nos aprestamos á barrer la basura y salvar la patria? Bastaría para lograrlo olvidar lo que nos separa para acordarnos de lo que nos une, y prescindir de las pequeneces que nos impiden poner la salvación de la patria sobre principios, programas y abolengos; y para confortar el espíritu, recordar estas palabras de Danton, disponiéndonos á ponerlas en práctica cuanto tuviésemos República:

«El pueblo no tiene más que sangre y la prodiga. ¡Vamos, miserables, prodigad vuestras riquezas! ¿Qué! ¿Tenéis una nación entera por palanca, la razón por punto de apoyo, y aún no habéis dislocado el mundo? Combatamos al enemigo. ¡Eh! ¿Qué me importa ser llamado bebedor de sangre? ¿Qué me importa mi reputación? ¡Sea libre la Francia, y que mi nombre sea deshonrado!»

¡Sí! Salvemos los republicanos á España, aunque haya que guardar bajo siete llaves nuestros principios.

1896

De poco se asustan

Exhibíase en Londres un grupo de indígenas africanos.

La elevada talla de aquellos feroces guerreros bronceados, su vigor, la elasticidad notabilísima de sus miembros, sus formas estatuarias sacaron de quicio á las hijas de la púdica Inglaterra.

Y no se contentaban con admirarlos de lejos; se aproximaban á ellos, les bablaban, los acariciaban indignando á los ingleses que han estado en África, y que por comprender el lenguaje de los indígenas, se daban cuenta de las reflexiones sobre las mujeres blancas que hacían aquellos que en su tierra las consideraban de raza superior.

No faltaban señoras y señoritas que, deseosas de darse cuenta de la manera como vivían, penetraban en sus antros, donde los sorprendían en completa negligé.

El escándalo adquirió tales proporciones, que los periódicos protestaron enérgicamente haciendo ver que la familiaridad de los ingleses de Londres con los salvajes, era por demás peligrosa para el honor y la existencia de las que viven en África; viéndose por fin obligado el gobierno á prohibir á las rubias y delicadas ladys que entrasen en sus habitaciones para impedir en lo posible el cruzamiento de las dos razas.

¿Y hablan de que hay libertad en Inglaterra? Más hay aquí. Nuestras compatriotas procrean tranquilamente con otros seres religiosos que están en la escala animal por bajo de esos salvajes bronceados; y todos tan contentos; hasta los maridos de las interfectas.

1898.

La resignación

¡Palabra consoladora! Sin ella atravesarían los mortales el desierto de la vida

con la hiel en el corazón y la blasfemia en los labios. Consuelo en las adversidades, bálsamo en el dolor, fortaleza en la angustia, la resignación es la primera de las virtudes cristianas. Y, sin embargo, ¡cuán pocos la practican!

En los pasados tiempos, cuando el alma del hombre, sencilla y modesta, no era esclava de las pasiones, ni su corazón de los placeres, ni su razón de la soberbia, la resignación ocupaba el rango que le corresponde entre las virtudes sociales.

Cierto es que Adán no se resignó á seguir desnudo, ni Moisés á que el pueblo israelita padeciera, ni Jesucristo á que los poderosos de la tierra esclavizaran á los humildes, ni el hombre en tiempo alguno se ha resignado á verse hambriento, sin hogar ni abrigo, y que el más pequeño progreso en su vida material ó intelectual se debe á una protesta; pero estos casos aislados, ¿qué prueban contra la eficacia de esa virtud?

Cuando oigo quejarse á ciertos hombres de la injusticia con que son tratados, los males que sufren, ó las necesidades que padecen, quisiera convertirme en Providencia para poder aumentárseles. ¿Hay algo más injustificado que lamentarse de males que se remedian con la resignación.

Miserables que habiendo trabajado rudamente todo el día contempláis las grietas de las negras paredes de vuestro estrecho y desmantelado tabuco por las cuales penetra el frío que os entumece; si en aquel instante recordáis los tapices que adornan la casa del poderoso que se ha tomado la molestia de heredar la fortuna adquirida por sus antepasados de éste ó del otro modo, y un pensamiento de rabia nace en vuestro cerebro, acudid á la resignación, y ella os demostrará que debéis morir ateridos en vuestro camastro bendiciendo la mano protectora que distribuyó tan equitativamente los bienes de la tierra.

Sin la resignación, fuerza es confesarlo, sería imposible la existencia de la sociedad tal cual se halla constituida, y no hay para qué decir la perturbación que se introduciría si se la empujase hacia otro camino. Por esto nunca he podido leer sin indignarme las siguientes palabras que en un momento de insensatez escribió el católico y aristócrata Chateaubriand:

«La sociedad actual, tal como existe, no puede existir mucho tiempo. A medida que la instrucción descende á las clases inferiores, descubren éstas la llaga que roe el orden social desde el principio del mundo. Una sociedad donde existen individuos que tienen dos millones de renta mientras el mayor número está reducido á llenar sus chozas de montones de podre, no puede permanecer estacionaria.

«La inmensa desigualdad de condiciones y fortunas ha podido sostenerse en tanto que la ignorancia ponía á los hombres en un estado de embrutecimiento absoluto; luego que esta desigualdad llamé la atención de todos, recibirá el golpe mortal.

«Restableced, si es posible, las ficciones

aristocráticas; probad de persuadir al pobre cuando sepa leer, al pobre á quien se arenga cada día por medio de la prensa. al pobre cuando posea las mismas luces que vosotros, probad de persuadirle, repito, que debe someterse á todas las privaciones, mientras que otro hombre, su vecino, tenga sin trabajar mil veces más de lo que necesita, y os convenceréis de la inutilidad de vuestros esfuerzos. No pueden pedirse á la multitud virtudes sobrenaturales.»

Con estos demagógicos razonamientos se arranca del pecho de los desgraciados la resignación que necesitan para irse estenuando poco á poco, y se les obliga á buscar en el trabajo material y el esfuerzo moral la redención de su espíritu y el pan de su cuerpo, habiéndose demostrado que la vida contemplativa es el *summum* de la perfección y el ideal del hombre en la tierra.

Cuando libre de preocupaciones y apasionamientos se abre el libro de la historia por cualquiera de sus páginas, subleva el ver la falta de resignación que en ellas se encuentra. Nunca satisfecho, siempre levantisco, el hombre hace de la protesta la condición de su existencia. La hoja de parra, primera muestra de rebelión, dió ya una idea de lo que podía esperarse de él; desde entonces nadie ha podido convencerle de que la resignación sea una virtud á lo mejor, y a lo mejor, cuando más conforme parece, se alza altanero y derrocha en un día el capital acumulado en muchos años.

Condenemos, pues, los extravíos de las multitudes; y cuando padezcan, y sucumban por falta de medios morales y materiales, apliquemos á sus heridas el bálsamo de la resignación, esa virtud preconizada por cuantos se elevan y al elevarse olvidan que lo deben precisamente al poco aprecio que hicieron de ella, por ser contraria á la naturaleza, estar condenada por el progreso y desmentida por la historia.

1877

CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,

O SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CELEBRES Y ODORIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

Los obispos

por
ROBERTO ROBERT

llaman cristianos califican de brutales é inhumanos aquellos castigos!

¿O sería que el emir ignorase qué género de leyes derivaban los obispos de la doctrina de tolerancia y amor al prójimo predicada por Jesús?

Me parece posible.

Lo que tengo por falso es lo que supone un autor, afirmando que cuando dijo el emir: «esos hombres no hacen daño á nadie,» se echó á reír el obispo y dijo para sí: ¡que la lleve!

(Yo no sé que ningún autor haya supuesto semejante cosa, pero así finjo haber leído á un autor más. Fuera de que, si siendo yo obispo llega un emir á decirme que no hago daño á nadie, le suelto á las barbas la risotada.)

¡No: eso es imposible!

El concepto emitido por el jefe árabe sobre el obispo sajón, podía aplicarse á todos los cristianos de entonces, por más que algún tiempo antes hubieran sido *despitoyable chrétiens*, según la arriesgada expresión del conde de Montalembert.

Casi ya todos eran entonces canela pura en materia de piedad.

Lamentemos de corazón que á mediados del siglo ix, es decir, á la muerte de Lotario, más claro, en el año de gracia de 855, llegara al colmo de la desgracia la Iglesia cristiana. La rivalidad entre los fieles griegos y los fieles latinos echó mano de cuantos proyectiles espirituales y temporales se estilaban entonces, y el escándalo acabó en cisma.

Pero al par de nuestros lamentos, exhalamos un grito de júbilo, porque la Iglesia quedó libre de toda mancha en aquel triste suceso.

Los obispos griegos demostraron á sus ovejas que la culpa no había estado de su parte; los obispos latinos probaron á las suyas que ellos eran inocentes de aquel escándalo; y como la Iglesia no puede engañarse ni engañarnos, resulta claro como la luz que el odio por las turbulencias, heregias y desastres del siglo ix, debían recaer con el tiempo sobre los enciclopedistas ó sobre los federales.

La historia cuenta que el obispo Focio, patriarca de Constantinopla, y otros, colmaron de injurias á la corte romana; los romanos echaron en cara á los griegos la fealdad de que elevaban eunucos al patriarcado; pero debemos dar poca importancia á esas gallardías del ingenio y aun cerrar los ojos á los disturbios ocurridos en aquel siglo en Roma mismo, sobre todo cuando podríamos quejarnos con mucha más razón del cristiano Lamberto, de aquel duque de Spoleto, que so pretexto de apaciguar los tumultos de la Ciudad Santa, entró en ella con sus cristianos

bandidos, saqué sus cristianas moradas, sus cristianas iglesias, sus cristianos monasterios, y hasta á las cristianas doncellas de la aristocracia, de las cuales se llevó algunas robadas.

Pero no nos apartemos de nuestro propósito. Obispos, obispos necesitamos y no legos desconsoladores.

Fuera de estos leves contratiempos casi todo iba entonces magníficamente. Cuando digo casi todo, quiero decir que había algunas leves excepciones.

Insisto en esta observación, porque precisamente en aquel mismo tiempo, en 857, los inquietos normandos molestaban de continuo á los que hoy llamamos franceses. Llegaron al extremo de saquear á Beauvais y á Chartres, y lo que es peor, la abadía de San Dionisio. El rey Carlos el Calvo se determinó á salir á acometerles y lo hizo, llevando consigo á su pariente Lotario II, á los grandes vasallos y á los obispos.

El buen obispo Hincmaro decía... pero no era obispo; era arzobispo de Reims. Este decía al rey:

«Si todos los que son altos dignatarios del reino se sintieran enardecidos del celo piadoso y vinieran con nosotros contra los paganos, con la ayuda de Dios aniquilaríamos á éstos y los arrojaríamos para siempre.»

Desgraciadamente debió de faltar entonces el celo piadoso ó la ayuda de Dios, porque la paliza recayó en Carlos el Calvo.

Pero si perdió la batalla, no fué por falta de obispos: digámoslo en obsequio de esta distinguida corporación.

Le pasó lo que á nuestros Carlos V, Carlos VI y Carlos VII: si no han sido nuestros reyes de hecho, tampoco ha sido por falta de obispos, sino de la ayuda de Dios ó del piadoso celo de los altos dignatarios.

El Estado podía ser completamente feliz, porque no solamente las fuerzas vivas de la sociedad de entonces, es decir, el clero y la nobleza, le ofrecían un verdadero camino de salvación, sino dos.

Los obispos le aconsejaban que se salvase con la simple operación de dar dinero á la Iglesia.

Esto ocurría en el año 843.

«Las propiedades que los reyes cristianos han dado á la Iglesia para el alimento de los servidores de Dios y de los pobres, para el alivio de los extranjeros, para el rescate de los cautivos y para la restauración de los templos de Dios, ha pasado á poder de gente del siglo. Y sin embargo, la riqueza de las iglesias es el voto de los fieles, el patrimonio de los pobres, la redención de las almas.» Así hablaban los obispos á Carlos el Calvo.

Los grandes aseguraban que su remedio estaba en dársele todo á ellos, y ha-

blando de los obispos decían á los príncipes: «No escuchéis lo que piden esos fealdades, esas gentes sin nobleza; lo que nosotros decimos es lo que debe hacerse; porque no á sus padres, sino á los nuestros, debieron el reino vuestros antepasados.»

Lástima que el pobre Carlos el Calvo hubiese de morir destronado y fugitivo, á pesar de los excelentes é infalibles consejos que se le habían dado.

Algunos años después, en 885, otro Carlos llamado el Gordo, tuvo que habérselas también con aquellos mismos normandos que se habían aficionado á saquear los alrededores del Sena.

Por cierto que con el rey pelearon el belcoso abad de San Dionisio, llamado Ebbes, y el obispo Gozlin; y no sé que diantre de tardanza se volvió á experimentar en el recibo de la ayuda de Dios, que también llevaron la peor parte el cristiano rey y los piadosos obispos.

Por eso dicen que el rey fué arrojado del trono á los dos años.

Obispo hay de vida tan espiritual, que difícil sería decir que hiciese cosa alguna en la prolongada carrera de su existencia.

En cambio, obispo hay cuya historia no cabría en cien tomos. Por ejemplo Rathiero, el célebre Rathiero?

¿No han oído ustedes hablar de Rathiero.

Pues, señores, este era un belga en el buen sentido de la palabra.

Pero no, no era belga, aunque si hubiese nacido después lo habría sido: era... natural de Lieja.

Uaos dicen que, como Jesús, fué hijo de un carpintero; otros aseguran que era vástago de la noble extirpe de los condes de Vianden.

Como no hay revelación divina sobre su nacimiento, su origen no consta oficialmente; pero ¿qué más da?

El hecho es que Rathiero, prócer ó plebeyo, apenas salido de la infancia, se consagró á Dios en el monasterio de Laubes. Estudió, creció, aprendió y cátese á Rathierito hecho fraile, predicando de monasterio en monasterio, con un pulpitito en cada dedo, como dijo el otro.

Era todavía mozo cuando ya le ofrecieron la abadía de San Amando en León; pero él se había hecho fraile, como es natural, por huir del mundo; y como era joven tenía, como es natural, ganas de ver mundo, cuyos dos extremos puede concertar el lector como más piadosamente se le antoje.

Pues, señor, se fué á Italia con su amigo Hilduino, á quien el rey Hugo había llamado, y allí, el amigo fué hecho arzobispo de Milán y Rathiero obispo de Verona.

(Continuará).

Imp. de Domingo Blanco, Libertad, 11.—Ma. 411.